

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1928 Sábado 28 de Julio

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO

El ciudadano de Hispano-américa.....	B. Sanín Cano	Pérez de Ayala en la Academia.....	E. Gómez de Baquero
Autobiográfica.....	Haya Delatorre	Página lírica.....	Roberto Brenes Mesén
Qué hora es...?		Edipo Rey.....	Arkady Averchenko
Juventud sin juventud.....	Juan Marinello	Proposición de ciudadanía continental Latino-americana.....	Higinio Alvarez
Una nueva organización del trabajo.....	Gabriela Mistral	Tablero	
El plan Kellog.....	Julio Alvarez del Vayo	Aun llevamos plumas.....	Esteban Paolletich
Nada más que 1 hombre.....	José Ant.º Fernández de Castro		

EL senado de los Estados Unidos Mexicanos ha pasado una ley por cuya virtud todos los ciudadanos de nacionalidad latino-americana que pisen territorio de aquella república, son, por ese solo hecho y la voluntad del inmigrante, ciudadanos de México. Excluyen, naturalmente, a los individuos que hayan perdido sus derechos políticos en la patria original o que se hallen ausentes de ella por motivo de delincuencia. El senado mexicano excita a las demás naciones latinas del continente a que reformen sus constituciones para incluir en ellas ese principio de fraternidad. Poco habría que hacer en Colombia para ensanchar un principio semejante ya consignado en nuestra carta fundamental que reconoce como nacionales colombianos «a cualesquiera hispanoamericanos que ante la municipalidad donde se establecieron pidan ser inscritos como colombianos». Sin forzar demasiado el concepto podrían quedar incluidos en esta concesión los ciudadanos del Brasil. Para los habitantes de Haití sería necesario dictar una ley especial.

El gesto del senado mexicano es un hermoso gesto, que imitado por las demás naciones hermanas contribuiría a fomentar el sentimiento fraternal. En este momento histórico los Estados Unidos colocados al norte de México tratan de consagrar en una ley el derecho a restringir la inmigración latino-americana a su territorio, antes de que se apague el eco de las protestas de igualdad y fraternidad lanzadas en la Habana para el consumo de los grandes diarios. El senado mexicano toca una cuerda sensible y es de esperar que otras naciones del continente respondan al franco sentimiento de unidad racial y política entre los pueblos indoamericanos de que dan testimonio la nueva ley de México y la constitución de Colombia.

El ciudadano de hispano-américa

==De El Tiempo. Bogotá==



Pero es preciso confesar que se trata solamente de un bello gesto cuyas consecuencias no se harán sentir sino en un futuro muy lejano, aunque igual principio se consigne sin demora en las demás constituciones americanas. Para que los nacionales de un país determinado quieran tomar carta de naturaleza en otra nación, es preciso que sientan cómo al asumir los nuevos derechos y al aceptar las obligaciones correlativas aumentan su libertad y ensanchan sus prerrogativas o a lo menos no pierden de su posición política con el cambio. Si las condiciones de libertad política varían considerablemente de un país a otro es seguro que la aceptación de la nacionalidad en el menos favorecido a este respecto, antes será eludida que buscada con ahínco.

Veamos el caso de Colombia. Este país es considerado sin exageración por sus hijos y la gente de otras regiones del planeta como el paraíso de los extranjeros. La gente es hospitalaria con sinceridad y a veces con imprudencia. La ley les reconoce a los extranjeros todos los derechos civiles que a

los naturales, y en los tiempos ya lejanos de nuestras guerras intestinas, la propiedad del forastero era objeto de cuidados asiduos por parte de gobiernos que legislaban especialmente para recomendar que se destruyera la propiedad de algunos colombianos. Nada le impide al extranjero servir cargos públicos, en ciertos ramos de la administración.

¿Qué ganaría un extranjero con nacionalizarse en Colombia? Si procede de un país donde hay verdaderas libertades garantizadas por la ley y protegidas por los gobernantes su provecho sería de poca monta. Aquí puede comerciar en todas las formas lícitas, ejercer todas las profesiones (sometido a las mismas leyes restrictivas que los colombianos), viajar en todas direcciones, poseer la tierra y cultivarla, casarse y separarse de su esposa, practicar la religión que le convenga, exactamente como los colombianos.

No podría ser elegido presidente de la república, ni senador o representante, ni diputado a las asambleas. Tampoco le sería permitido votar en las elecciones. Pero ¿es que tales

prerrogativas valen la pena de aceptar los deberes a ellas adjuntos? Seguramente no. La ley de elecciones colombiana no protege al elector ni al elegido contra la mayoría de los fraudes, y el uso de la violencia se ha generalizado de tal manera que de las urnas se apartan muy a su pesar gentes que harían uso de su derecho si se sintieran protegidas en su ejercicio. El extranjero que se nacionalizara en Colombia debería escoger entre el grupo de los que explotan el poder y de los que viven conformes con sus explotadores. Para pertenecer al primer grupo no es menester nacionalizarse. Un gran número de extranjeros ayuda en Colombia a las labores del grupo explotador, y en muchas ocasiones con el beneplácito y aun con el regocijo de los explotados. En muchas de las funciones del gobierno el extranjero desempeña un gran papel en Colombia y es posible que al nacionalizarse quedara en posición inferior.

En los negocios privados el extranjero goza igualmente de situación privilegiada. El ingeniero, el profesor, el médico de otras nacionalidades se hacen pagar mejor que el colombiano sus servicios: en esto no los favorece la ley sino el carácter nacional. El colombiano parte del principio de que sus connacionales son inferiores al hombre de fuera. Es tan arraigada su convicción a este respecto que el colombiano mismo, como llegue de lejos y haya residido por algún tiempo en tierra extranjera, es mirado por algún tiempo con favor especial por las gestas de buena índole.

Tampoco obtendría ventajas ningunas el extranjero en el juego ordinario de los negocios o de la industria si realizara el propósito de nacionalizarse con ese objeto. Y si esto es verdad de Colombia, donde la vida civil y política marcan nivel civilizado y cultural más alto que en algunas otras repúblicas del

continente, es claro que la disposición constitucional encaminada a crear la ciudadanía continental no tiene valor práctico en la mayor parte de los casos. Posee un significado sentimental de grande alcance, pero debe acompañársela de reformas cuya práctica traiga consigo resultados inmediatos sobre la política general de la América Latina. La disposición constitucional que ofrece a los hispanoamericanos la nacionalidad colombiana, con un mínimo de formalidades apenas ha tenido efecto entre nosotros. Son más los europeos y asiáticos nacionalizados en Colombia que los ciudadanos de las repúblicas hermanas en uso de esa generosa prerrogativa constitucional. Ni el interés, ni la política, ni la simpatía han hecho fructificar aquella medida. Ni siquiera la perspectiva de obtener plazas renumeradas en el gobierno ha sido suficiente incentivo para la nacionalización

del extranjero en Colombia. Como los puestos públicos no se dan por concurso, ni atendiendo al mérito de los ciudadanos, el derecho a pretender por medio de valedores no justifica un desarraigo.

Es pues indudable que la ley mexicana no es más que un bello gesto y una actitud sentimental digna de imitación hasta donde lo permita hoy el derecho de gentes; pero si a esta llamada sentimental se le añade una medida de inmediata y forzosa ejecución que establezca un lazo real entre todas o la mayor parte de estas repúblicas, la iniciativa de Colombia y México no se habrá perdido.

Es usual que en la Sociedad de Naciones o en algunos de los varios organismos creados bajo su tutela, a los gobiernos que no están allí representados

se les permita enviar observadores que mantienen el contacto entre la Sociedad y los pueblos que no pertenecen a ella. Atendiendo a los felices resultados de esta práctica las naciones americanas de origen ibérico podrían firmar una convención en virtud de la cual cada república tendría el derecho y la obligación de nombrar, por medio de elección popular, diez y nueve legisladores cada uno de los cuales debería tomar asiento, con voz pero sin voto, en el senado de las otras repúblicas. Para naciones como la República Argentina, México, Brasil, Colombia, un aumento de diez y nueve senadores no implicaría congestión burocrática o legislativa. En el caso de naciones cuya población se señala con cifras mucho menores, sería necesario buscar un expediente que por el momento no me ocurre. Por tal manera

cada senado, sin dejar de ser cuerpo legislador, vendría a ser una especie de liga anfictiónica, y por el contacto de cada hora que se establecería entre unos pueblos y otros no hay duda de que, con el curso del tiempo crearían aquellas corporaciones un estado de espíritu interamericano, o lo encauzarían en beneficio común, si es que existe, como lo estamos creyendo de muy buena fe en esta parte del mundo, hace ya más de un siglo.

La idea es menos original de lo que parece. Hubo un tiempo en que estas naciones cultivaban sin saberlo el sentimiento de la solidaridad americana. Antonio Leocadio Guzmán fue en 1863 miembro de la Convención Nacional que expidió la famosa constitución de Rionegro y más tarde Diógenes Arrieta, sin dejar de ser colombiano llenaba con su voz de metal y su vocabulario deslumbrante los ámbitos del senado de Venezuela.

B. Sanín Cano

Merida, Yucatán,
20 de junio de 1928

Mi querido

Sr. García Monge:

Al partir de México,—ya estoy en camino hacia su Centro América—, he leído algunos números de *Repertorio* que mis ocupaciones de las últimas semanas en la «dulce tierra mexicana» no me habían permitido ver. La carta que el poeta Alberto Guillén ha dirigido a *Claridad* de Buenos Aires y en copia sin duda a *Repertorio*, me ha llamado la atención. Guillén se defiende, y bastante bien, de las acusaciones que el joven y brillante escritor socialista argentino Wapnir le hace, por haber sido desleal conmigo.

Desgraciadamente para los que siempre hemos deseado que Guillén se redima totalmente, porque le queremos, nuestro joven poeta no adopta actitudes definitivas. Guillén, mozo de gran talento, sabe bien que ha pecado, inclinándose tan cortesana y servil a suya, ante el hombre que oprime y vende al Perú. Quienes sabemos algo de la vida de Guillén no caemos en la censura simplista y absoluta, y yo, malgrado lo mucho de malo y sobre todo de lo que parece mucho por los momentos en que se cometió, que hay en la vida de Guillén, he esperado siempre que se salve. Así se lo expresaba en una carta enérgica y justa que le escribí en 1924 por intermedio de nuestro amigo Raúl Porras Barrenechea y que éste, considerándola muy dura, según supe después, nunca entregó.

Guillén no tiene todavía el valor suficiente para declarar que su falta fué debilidad o fué necesidad. Sería mucho más grande su actitud si él lo dijera honestamente. Por desgracia quiere esconderse tras una urdiembre de ironías que es la

sonrisa forzada de los que cogidos en falta pretenden aparecer ignorantes del mal cometido o como deportistas de alguna aventura peligrosa en la que la suerte no fué propicia. Guillén al defenderse insiste en repetir que yo le admiro. Mas en contra suya, si a pesar de considerarse feliz de mi admiración no fué fuerte en todas las horas para estar a milado. Y es cierto que le admiro. No he perdido tampoco, relativizada por el tiempo, la admiración que yo siento por el Chocano, poeta de otras décadas, gran exponente de su generación y gran asesino de uno de los mejores ejemplares de ésta tan heroica nuestra, de la que Edwin Elmore es mártir y es símbolo.

Como para aminorar su falta Guillén afirma en el curso de su carta que yo he sido leguista. Guillén incurre en mentira y,—aquí lo deplorable para quienes le quisiéramos ver ya libre de sinuosidades,—incurre en mentira concientemente.

La afirmación de Guillén no puede quedar así estampada en dos órganos ilustres del verdadero periodismo libre de Nuestra América como *Repertorio* y *Claridad*. Por eso, aunque repugne de entrar en informaciones autobiográficas, tengo que sacar de mi memoria y de mis apuntes, algo que guardaba para que si acaso llego a viejo, me pudiera librar de hambre y de la soledad, epílogo de toda vida no dedicada al alto o bajo pillaje, escribiendo un libro de recuerdos; si para entonces los editores de libros en nuestros países han dejado de ser los usureros peligrosos que son hoy. Lo digo por experiencia.

Nunca fui leguista. Cuando Leguía llegó al Perú yo trabajaba ganando cinco libras o sea veinticinco dólares mensuales

en el gabinete de un abogado, D. Eleodoro Romero, primo hermano de Leguía, su actual embajador en Roma,—segundo cargo diplomático después del de Washington, por la doble tutela que rige al Perú: el Vaticano y Wall Street—, antiguo miembro de la suprema corte, ex-ministro de estado, modelo oficial de virtudes cívicas y hombre de enorme fortuna. En ese gabinete de abogado donde era yo escribiente, generaron por contraste todas mis rebeldías. Ahí leí a Renán, a González Prada, a Sarmiento, a Marx y a muchos otros. Ahí apliqué las teorías de la relatividad einsteniana a la virtud oficialmente consagrada. Ahí vi muchas cosas y muy cerca de ahí, en la puerta vecina, donde un hermano de mi jefe D. Eulogio Romero, habilísimo intrigante, conspiraba en favor de Leguía, vi también muchas otras de interés y de trascendencia. Muy cerca de mí pasaron todos los políticos profesionales de entonces. Muy cerca de mí vi yo a las fieras de la política peruana empujadas por su hambre, a la genuflexión y al soborno, ya que el hambre de los políticos latinoamericanos es con la del tigre, el chacal y el tiburón, la más peligrosa de las hambres, según ciertos zoólogos.

Fácil me era, pues, llegar hasta Leguía. Todo aquel que quiso fué leguista y fué leguista afortunado. La casa del candidato estaba siempre abierta y su mesa siempre lista para los estudiantes especialmente. Centenares de ellos desfilaron por la casa lujosa del candidato y se sentaron ante su mesa. Yo fui invitado varias veces pero nunca acepté. Añado a la circunstancia de trabajar con un pariente influyente de Leguía, la muy especial de ser un her-

mano de mi madre su candidato a la vicepresidencia de la república y de estar casi toda mi familia en el leguismo, hasta un hermano mío que fué sincero militante y obtuvo puesto público, como todos los leguistas, hasta que después del 23 de mayo de 1923 fué destituido, perseguido, arrestado, aprisionado, libertado después y prácticamente confinado hoy.

La época era de aprovechar. Pocos dejaron pasar tan grata oportunidad. Leguía candidato y presidente flamante se dedicó a comprar gente. Venderse era fácil y no se pagaban malos precios. De ese período vergonzoso de subasta general quedan sin duda algunas buenas consecuencias. Cuando Leguía enviaba a Europa a centenares de jóvenes de todas clases, especialmente a intelectuales y estudiantes, salieron algunos que hoy son grandes compañeros nuestros, y que para Guillén, deberían ser ejemplos a seguir. José Carlos Mariátegui es uno de ellos. Enviado a Europa, pensionado y protegido, aprendió todo lo necesario para estar listo a luchar desde el campo contrario. Como él otros. Muchos se emanciparon a medias, otros siguieron sometidos, algunos, en nombre de su personal interés se libertaron y quedaron trabajando al servicio de sí mismos. Don César Falcon, compañero de Mariátegui, por ejemplo.

Cuando, siendo candidato, Leguía fué elegido maestro de la juventud, yo, miembro de la Federación de Estudiantes que no había votado por él, fui designado por el presidente, un vergonzoso ejemplar de arribista y de inmoral casi sin paralelo entre los jóvenes de América que sirvió a Leguía incondicionalmente, para formar parte de los escrutadores de votos como representante de la opinión. Comprobé que efec-

tivamente Leguía,—error sincero de los muchachos de entonces,—había sido electo. Cuando el candidato debió recibir el homenaje estudiantil, cuatro estudiantes miembros de la Federación exigimos del presidente de vergonzosa memoria, que su discurso fuera la expresión de lo que la juventud *esperaba* de Leguía. No se nos hizo caso, el discurso fué un modelo de indignidad y los cuatro renunciamos públicamente nuestras delegaciones. Aquellos cuatro éramos don Luis Ernesto Denegri,—actual secretario privado del tirano y hasta entonces su «antipatizante», un señor Chopitea o Elejalde que tiene cargo diplomático, el señor Ricardo Ureña y yo. En aquella atmósfera de adulación y de leguismo unánimes, nuestra actitud mereció injurias, calumnias y ofensas. El propio don Eulogio Romero, hermano de mi jefe, me llamó para amenazarme. Sobre nuestras cabezas pasó la tormenta. Muy pronto Ureña se apartó de la lucha, el señor Chopitea se declaró leguista contrito e incondicional, el señor Denegri fué designado secretario del primer ministro de gobierno de Leguía,—don Mariano H. Cornejo,—y yo quedé solo con mis cinco libras mensuales en el gabinete del abogado primo del señor Leguía a quien un cuartelazo innecesario había llevado al poder.

Tres meses después fuí elegido presidente de la Federación de Estudiantes del Perú reemplazando a don Hernando de Lavalle. Entonces, en medio de las agitaciones de la Reforma Universitaria, el presidente Leguía me envió un ayudante para saludarme y yo al corresponderle su atención personalmente, le conocí, estreché su mano por primera vez y tuvimos una larga plática sobre los problemas que planteaba la huelga estudiantil. Cuando fui elegido presidente de la Federación, el único traje que tenía estaba roto. Para disimular sus desgarraduras,—yo había leído ya *La Misa del Ateo* de Balzac y recordaba sus reflexiones acerca de la ropa y los zapatos rotos del estudiante pobre,—usaba un abrigo a pesar de lo avanzado de la primavera. Después de vivir dos años en un cuarto enclavado e interior, que soportaba sobre un techo frágil un motor eléctrico extractor de agua que trepidaba día y noche—Calle de Plateros de San Agustín 138, una libra al mes,—yo acababa de trasladarme a una habitación de un Hotel en Chorrillos.

Siendo presidente de la Federación,—presidente de gran suerte porque todas las dificultades quedaron terminadas, la Reforma triunfante, la juventud unificada y la Federación con un prestigio verdaderamente extraordinario,—el Dr. don Alberto Salomón, por insinuación de su hermano don Oscar, mi buen amigo personal hasta hoy, me llamó a su despacho,—en-

tonces era don Salomón ministro de Instrucción Pública,—para ofrecermeme un profesorado en el Colegio Nacional de Guadalupe, en nombre «de la amistad que unía a Salomón y a mi padre»,—según me dijo,—de quien había sido compañero en la Cámara de Diputados. Yo le respondí que la oferta no aparecería como hecha al hijo del amigo sino al presidente de la Federación. El señor Salomón me dijo textualmente: «respeto sus escrúpulos». Su hermano es testigo. Yo volví a mi trabajo de cinco libras en el que había tenido por primera vez,—curva descendente del niño mimado del viejo hogar provinciano y tranquilo,—hambre, hambre efectiva, hambre de estudiante que es casi como hambre de político...

En marzo de 1920 fuimos al Cuzco a celebrar el primer Congreso Nacional de Estudiantes. El gobierno había autorizado a la Universidad del Cuzco gasto de pasajes de barco y trenes, más cinco libras para cada delegado. Yo no tenía como moverme. No había un centavo para fondos de reserva. Ante un delegado más, un supernumerario que trajo la delegación de Arequipa de la que era miembro Guillén, yo tuve que dar mis cinco libras porque el voraz delegado amenazaba. Ante esa situación, espontáneamente, mis amigos Porras Barrenechea y Luna Cartland y creo que un señor León, actual seminarista,—defendieron «la dignidad de la presidencia» dejando el todo o una parte de sus cuotas para gastos de urgencia.

De vuelta de aquel Congreso memorable, en que conocimos a Guillén, me pidieron varios

amigos que empleara un pasaje sobrante de Arequipa a Lima en llevar a la capital por primera vez al joven poeta, lleno de éxitos egolatrias provincianas que hacían de él un tipo pintoresco. Accedí y Guillén fué a Lima llevando como bagaje una pequeña maleta que contenía un cepillo, una camisa, calcetines y un libro de versos. Mis amigos Porras y Luna, muy relacionados con el gobierno desde sus orígenes, dieron a Guillén un empleo en el ministerio de Gobierno. Ahí comenzó su carrera.

Si alguien revisara la colección de los diarios de Lima,—Sección llamada Vida de Palacio,—de los días siguientes a nuestro arribo, 31 de marzo de 1920, hallaría que tan pronto como hube llegado, el presidente hizo que el capitán Price, su *aide-de-camp*, fuera a mi modesto hotel de Chorrillos a saludarme. Buscando en esos diarios se verá que esa visita no fué jamás correspondida. No volví a ver más al presidente, hasta la célebre entrevista de junio de 1922, para declararle la guerra en nombre de mi generación.

Designado el Dr. Romero, mi jefe, delegado a la Liga de las Naciones, yo quedé sin empleo, y por toda recompensa de dos años tres meses de trabajar brutalmente en aquel gabinete, con un certificado «valiosísimo» en el que se afirma que soy honrado, inteligente y con grandes condiciones para la abogacía.

Dejé de ser presidente de la Federación en octubre de 1920 y comencé a sufrir más aun la miseria. Por algún tiempo no tuve sino cinco soles o pesos

semanales pagados por un Colegio de señoritas de la calle de Valladolid y comiendo a veces en casa de unos bondadosos parientes, los únicos de mi larga y bastante acomodada familia que no temían a mis ideas. Después de un período terrible, comencé a trabajar en el Colegio del Dr. Juan A. Mackay de la Plaza Francia. Primero gané sólo tres libras, luego alcancé hasta veinte, de las cuales diez quedaron siempre hasta mi destierro para pagar un préstamo de quinientos pesos o soles que me hizo el Colegio para mi viaje a la Argentina, Bolivia, Uruguay y Chile en 1922.

Esta es la historia de mi leguismo. Ser leguista en el Perú supone tener empleo, recibir dinero, ser enviado a Europa. Guillén sí ha sido leguista. Guillén sabe bien que cuando yo fui presidente de la Federación todo aquel que quiso fue a Europa, de los miembros de mi comité. Varios secretarios y tesoreros y numerosos miembros de las delegaciones que integraban la Federación fueron enviados a Europa, entre ellos, por pedido de un grupo de miembros de la Federación,—contra mi voluntad, recuérdelo bien el señor Guillén,—él.

Nunca caí en la tentación a pesar de mi hambre. Fui tentado muchas veces. Me bastaba haber pedido para obtener y para obtener lo que hubiera deseado. Mi leguismo, es una invención del señor Guillén, quien sabe, muy de veras, que es imposible probarme que yo haya sido un tráfuga o un vendido. Un amigo mío, don Carlos Moreyra y Paz Soldán, opositor a mis ideas políticas, recuerda siempre y lo ha repetido ante mí varias veces,—razón para que yo lo recuerde,—que en la mañana del 4 de julio de 1919, cuando me encontré con Moreyra y con un grupo de jóvenes compañeros de la Universidad que presenciaban las manifestaciones de partidos de ebrios vitoreando el triunfo del cuartelazo, me permití decirles: «Esto no es revolución, es un nuevo asalto al presupuesto».

Discúlpese esta excesiva enumeración de detalles de mi vida que a pocos interesan. Pero Guillén ha tocado lo único que es tesoro de ella y excusable motivo de orgullo: mi lealtad a mí mismo. Creo que un instinto salvador me llevó siempre a no caer. Por no sé que rara fortuna puedo hoy volver los ojos al pasado, hallarlo limpio y responder a afirmaciones como las de Guillén con hechos que tienen testigos innumerables.

Son esos testigos, la nación entera, los que me han acompañado con su simpatía ayer y siempre. Los que mejor me conocen, los que han visto más de cerca el ambiente que me ha rodeado desde mi niñez, saben bien que yo he escogido mi camino deliberadamente. Que pude seguir cualquier otro. Que nunca el hambre fué tan fuerte que me hubiera doblegado.

Quien habla de la

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada,

Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPE

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

El mejor síntoma de mi fortaleza es que a través de tantas amarguras nunca perdí mi risa. Mis más íntimos amigos lo saben bien. Jamás he sido un despedido bilioso. Reír ha sido y es hasta hoy mi placer favorito. Reír con la fuerza de una vida. Alguna vez lloré en aquellos tiempos, — hace años que las lágrimas se secaron pa-

ra siempre de mis ojos—, y Raúl Porras Barrenechea y el mismo Guillén se han burlado porque hace un decenio, me eché a llorar al oír la lectura de un cuento de Clarín. Pero es que ellos no sabían qué dolores recónditos despertaba en mí.

Le abraza cordialmente,

Haya Delatorre



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Juventud sin juventud.

Sin tierra y sin cultura.

=Fragmentos del folleto *Juventud y Vejez*. Ediciones 1928, revista de avance. La Habana.=

Cuba, pueblo viejo. — Parece que es hora ya de que hablemos claro y echemos por la borda el sambenito de nuestra juventud. ¿Cómo llamarnos pueblo joven, si hemos vivido siglos sin liberación del interés inmediato sin juventud? «Veinte y cinco años de República—se está diciendo ahora—estamos en la cuna». ¿Pero es que puede tener alguna significación para una sociedad que nació vieja—o que se trasplantó vieja—el cambio político periférico que ha cubierto la mercancía durante veinte y cinco años? Dígame que no somos muy antiguos en nuestra casa americana pero no se olvide que aquí llegamos con resabios viejos. No se eche en olvido que el primero que empuñó en esta insula vara de gobernar traía con el *primun vivere* romano el *deinde vivere*, también romano.

¿Qué hemos hecho, de Velázquez a acá para ser jóvenes? La juventud—hemos dicho—es desprendimiento y desinterés. ¿En qué momentos los hemos predicado? ¿En qué oportunidad hemos dispuesto una formación espiritual que no vaya encaminada a matar en embrión la fuerza nueva?

Meditemos en cuál sería el destino de un hombre al que educáramos en el cuidado de su lozanía juvenil. El ilustre Luis de Zulueta nos hablaba ayer mismo de la admirable labor—admirable principalmente por nueva, por rara—que están realizando los actuales establecimientos austriacos destinados a la educación de supernormales: cultivo adecuado de las aptitudes relevantes, diaria práctica de la más rígida austeridad, prédica continua del total desinterés. Y habéis pensado en lo que sería abandonar a nuestro medio un hombre de tan sutil, de tan finísima estruc-

turación; un hombre llamado—¡condenado!—a juventud inacabable y con las garras atrofiadas ya por el desuso?

Juventud sin juventud.—No es cosa fácil hacer un mundo nuevo, es decir, joven. Las religiones quisieron hacerlo antes de convertirse en organizaciones políticas. Cuando se dispusieron a lograr la dicha de este mundo y la del otro fracasaron porque quisieron demasiado y «eran pocos los operarios». Si hoy se lograra encauzar con superior sentido una corriente pedagógica ansiosa de mantener en el espíritu de nuestros hombres de pocos años el fuego de la verdadera juventud, los obstáculos que encontraría a su paso serían muy difíciles de salvar. Porque, entre cuatro máximas líricas para un mañana que nunca llega y una estrecha formación técnica de aplicación inmediata, el estudiante, con un criterio «que no tendrá verdad, pero que tiene razón», opta por dar las espaldas a las cuatro máximas predicadas de mala gana y que le sería muy difícil —y muy riesgoso—practicar. No quiere esto decir que haga papel muy lucido en medio del pragmatismo ambiente, pues ni la formación profesional que ha recibido se lo permite ni por lo común posee especiales aptitudes para ello, pero es el único camino que se abre ante él y por él transita. En una novela que muy pronto verá la luz traza con perfiles muy ciertos su actor la tragedia de un joven de dotes estimables y de juventud generosa, que, después de asomarse, con lamentable buena vista a nuestro mundillo criollo, se hace viejo, es decir, político y como renuncia a pensar en el mañana de todos para pensar en su mañana, triunfa, brilla, escan-

daliza y derrocha. Y en la madurez de sus cosechas materiales conviene, con amargura un poco elegante y un poco cínica, en que su triunfo no es el que ansió en sus años mozos, pero que ha triunfado *criollamente*. Ha arado con los bueyes que le pusieron delante y precisa reconocer que no ha arado del todo mal.

Como nada se ha hecho porque mantega entre nosotros el hombre joven un coeficiente de libertad que lo una al mañana, se ve todos los días el espectáculo de una muchachada que grita, en confusión lamentable, por reformas que no acierta a plantear de modo definido y el de una juventud profesional que olvidada la noble estridencia de un momento, busca atropelladamente empleo en su precaria aptitud técnica. De suerte que en término cortísimo se dan estos dos hechos desoladores para nuestro progreso moral: una florecencia brillante pero efímera de la rebeldía—virtud juvenil—y la negación inmediata de la ley biológica que determina en el hombre nuevo la inconformidad con el medio que lo rodea.

Estamos pues, ante una juventud sin juventud. Ante un grupo sin duda denodado, pero sin la serenidad, sin la cultura, sin la visión clara de nuestros problemas centrales. Ante otro grupo que puede tener serenidad, cultura, visión penetrante de esos problemas, pero que renuncia a resolverlos. Si ambos grupos persisten en sus actitudes igualmente negativas, si renunciamos para siempre a ver un poco lejos por entre los hierros de la prisión en que nos tiene recluso nuestro pecado de codicia, *otros* nos harán el mañana.

¿Sabéis lo que significaría para un país que sus jóvenes persistiesen en dejar de serlo? En ese país cualquier estado colectivo sería inmovible aunque estuviese a espaldas de su hora, porque nadie osaría ver sobre los hombros de los demás, porque nadie tendría libertad para querer estado distinto.

Ese país habría perdido irremediablemente la sensibilidad pública. Ese pueblo habría renunciado al único placer verdaderamente alto: al de acariciar nuevos ideales humanos. Porque el placer de las conquistas honradas está en no llegar a vivirlas. Cada época quiere la cristalización de un ideal colectivo y la mayor fortuna de los hombres de cada época está en que nunca verán, con la realización del ideal acariciado, la impureza con que la vida enturbia el ideal. Y en un pueblo sin juventud sólo se conocerían esos estados ideales cuando ya hubieran dejado de serlo; cuando por ser ya el ideal realidad impura, hubiera dejado de ser cosa peligrosa para el yantar de cada ciudadano; cuando, por su impureza, pueda ya la conquista incorporarse sin sobre-

saltos ni temores, a la impureza de los intereses de todos.

Tierra y cultura.—Sólo dos elementos precisan para que un pueblo se mantenga al paso de las más genuinas vanguardias y no le inquieten las lozanías de vecinos cercanos: la tierra y la cultura. Con organización capitalista, o con estructura colectivista, la tierra significa el poder originario. En pueblo grande y en pueblo pequeño, el superior cultivo de los entendimientos — para mirar al suelo y para mirar al cielo— es la más sólida obra de defensa.

Para poseer y conservar la tierra y la cultura es imprescindible que aliente en el pueblo el espíritu de juventud. Cuando sustituye al ansia juvenil la renuncia a todo cambio de postura, el imperativo somático invade todos los campos. Se mira a vivir, no a vivir mejor. Y, como otros agregados piden cada hora caminos nuevos; como otros hombres bregan duramente en la consecución del «pan suyo de cada día», pero se detienen a escuchar, terminada cada jornada, el rumor difícil de las corrientes que vienen a transformar al mundo, llega el momento en que, sin advertirlo el pueblo que renunció a su juventud, está tirando del carro de otros pueblos y obedece al látigo y a las riendas sin indagar en qué mano están.

Nosotros — ¡y nos llamamos jóvenes! — queremos el lucro de ahora y vendemos la tierra para tener, esta misma noche, automóvil en el Malecón, querida enojada en los Repartos y «derecho de mampara» en todas las Secretarías.

Manos cerradas y manos abiertas.—Baldomero Sanín Cano ha hablado, en estos días de pretendidos acercamientos panamericanos, de manos abiertas y de manos cerradas. Frente al alud del norte hay hombres —y pueblos— que levantan las manos cerradas en gesto de amenaza. Otros —pueblos y hombres— presentan al invasor la mano abierta. Sobre las manos abiertas pueden pasar las sigilosas milicias del Imperio. Y puede caer algo sobre las manos abiertas.

Nosotros hemos sido en América, el pueblo de las manos abiertas. A la vista de nuestra juventud, ante los hombres que aun no hemos pasado por el año treinta, nuestros mayores han aparecido como una larga fila de mendicantes con las manos extendidas. Lo que ha importado ha sido el placer del momento, no la dignidad de mañana. Paso franco y manos abiertas... Venga el dinero de afuera a civilizarnos—nos han repetido. — Vengan industrias grandes y comercio próspero. Todo marchará sobre ruedas doradas y lo demás lo harán la bandera y el himno.

¿No habrán pensado nunca

los hombres de la mano extendida que nadie rige en casa ajena? ¿Cuando hayamos derrochado en frivolidades y en burocracia parasitaria e inepta el precio de nuestro suelo ¿qué seremos en nuestra tierra a pesar del himno y de la bandera? ¿Qué son ya los cubanos en algunas provincias cubanas? ¿Qué significaría, en un país de grandes posibilidades económicas, un grupo de ciudadanos, con bandera y con himno, condenado por sus propias culpas a contemplar desde fuera el torrente vital de ese país y que, para seguir viviendo tuviera que agazaparse en la silla burocrática—que quita la juventud y la libertad—o decidirse a ser, en la corriente central, un pilar más del puente de los dominadores?

Cultura y profesionalismo.—El título profesional es, o debía ser, capacitación inmediata para ocupar un puesto en el reparto. Patente para ahora. La cultura, que no acaba de ad-

quirirse nunca, es cosa para un mañana virtual. A un pueblo de manos abiertas no ha de preocuparle mucho la cultura.

A una sociedad, que al no ansiar el cambio, se limita a sí misma, debe importarle el conocimiento que queda encerrado en el Código y en el Manual. Como no mira al engrandecimiento de horizontes espirituales no ha de inquietarle aquella transformación de la *materia del saber en fuerza para saber* que, según Max Sheler, es el verdadero crecimiento funcional del espíritu en el proceso del conocimiento.

Este deseo de no buscar la máquina de difícil funcionamiento sino la herramienta que rote y agote un campo reducido, es problema gravísimo porque no obedece a una modalidad pasajera de nuestros planes académicos ni a un contagio efímero de nuestros docentes con el pragmatismo nor-

teño. Haced un catedrático, unas cuantas docenas si queréis, en los más altos centros de cultura de Europa, colocadlos luego en los lugares de máxima responsabilidad, confiadles las disciplinas que más honda huella puedan marcar en la orientación de nuestra mejor juventud y no habréis resuelto el problema. Mal que bien, tenemos maestros, no muy numerosos, que salten sobre el miserable aprendizaje técnico. Parte considerable de sus discípulos se apasiona durante algún tiempo con el vuelo de sus enseñanzas y con el tono inusitado de sus doctrinas, pero, como la *crisis de juventud* abarca a todo nuestro cuerpo social y es gangrena que todo lo alcanza, el discípulo que estuvo en camino de ser ateniense deviene cartaginés de la especie más lamentable: de los que tienen la garra vacilante porque el dolor de ausencia les impide entrar a

saco gallardamente en el dinero de los demás.

¿A dónde iremos sin tierra y sin cultura? ¿A dónde iremos con un pueblo sin preocupación de mañana y con una juventud sin juventud? Para conservar el suelo es necesaria virtud altísima, sobriedad ascética, porque como ya gran parte de él está en manos extrañas, lo que queda en las nuestras puede ser reducido fácilmente a la desvalorización y a la improductividad y los tiempos en que el cubano tomaba caldo de teburete y «moría sabroso» parecen míticos. Para darnos una cultura que coloque en nuestras manos las armas de la victoria se hace necesario que un grupo numeroso de cubanos se decida a arrostrar—nuevos «laborantes»—el dolor de la incompreensión y la repulsa de un medio que, como toda organización dominada por impulsos primarios, se rebela contra quien anhela y procura su redención. ¿Tendremos esa virtud y ese fervor militante?

Juan Marinello

1.—La entrada de la mujer en el trabajo, este suceso contemporáneo tan grave, debió traer una nueva organización del trabajo. Esto no ocurrió, y se creó con ello un estado de verdadera barbarie sobre el que yo quiero decir algo. Con lo cual empezaré a entregar mi punto de vista sobre el feminismo, para aliviarme de un peso.

La llamada civilización contemporánea que pretende ser un trabajo de ordenación material e intelectual, una disciplina del mundo, hasta esta hora no ha parado mientes en la cosa elemental, absolutamente primaria, que es organizar el trabajo según los sexos.

La mujer ha hecho su entrada en cada una de las faenas humanas. Según las feministas, se trata de un momento triunfal, de un desagravio, tardío, pero loable. No hay para mí tal entrada de vencedor romano.

La brutalidad de la fábrica se ha abierto para la mujer; la fealdad de algunos oficios, sencillamente viles, ha incorporado a sus sindicatos a la mujer; profesiones sin entraña espiritual de puro agio feo, han cogido en su viscosa tembladera a la mujer. Antes de celebrar la apertura de las puertas, era preciso haber examinado qué puertas se abrían, y antes de poner el pie en el universo nuevo de las actividades femeninas había que haber mirado hacia el que se abandonaba.

La mujer es la primer culpable: ella ha querido ser incorporada, *no importa a qué*, ser tomada en cuenta, ser tomada en cuenta en toda oficina de trabajo donde el dueño era el hombre y que, por ser dominio inédito para ella, le parecía un palacio de cuento. No puede negarse que su inclusión en cada uno de los oficios masculinos ha sido rápida. Es el vér-

Una nueva organización del trabajo

La organización del trabajo por sexos

—De *El Mercurio*, Santiago de Chile.—

A don Pedro Aguirre Cerda, que presentó un proyecto de ley sobre la división del trabajo

tigo con que se rueda por un despeñadero. Ya tenemos a la mujer médico (¡alabado sea este ingreso!); pero frente a esto tenemos a la mujer *chauffer*; frente a la abogada de niños, está la carrilana (obrero para limpiar las vías); frente a la profesora de la Universidad, la obrera de explosivos y la infeliz vendedora ambulante de periódicos o la conductora de tranvía. Es decir, hemos entrado a la vez a las profesiones ilustres y a los oficios más infames o desventurados.

Es todo un síntoma de estos tiempos el que en el último *Congreso Internacional Feminista* efectuado en París, haya salido de boca de mujer (y de una ilustre mujer representativa norteamericana) la proposición que dió la prensa francesa de que «debían abolirse una a una las leyes que, concediendo a la mujer ciertas ventajas en el trabajo, le crean una situación de diferencia respecto del hombre». Esta proposición de un absurdo que supera a todo adjetivo, comprende la supresión de la llamada ley de la silla, la supresión de la licencia concedida a la obrera un mes antes y otro después del alumbramiento, etc. La proponente estimaba que si la mujer esquivaba cualquier carga masculina, disminuía a la vez su derecho al voto y a otras preeminencias legales del hombre. Sus partidarias hablaron de «justicia matemática», de «lógica pura» y de otras zarandajas.

Debates como éste sirven, dentro de su «grotesco», para

deslindar campos, para perfilar ideologías vagas y trazar netamente la doble teoría de las Vírgenes locas y las Vírgenes prudentes de estas asombrosas asambleas. Hay un lote de ultra amazonas y de walkirias, elevadas al cubo, que piden con un arrojo que a mí me da más piedad que irritación, servicio militar obligatorio, supresión de vestido femenino y hasta supresión de género en el lenguaje... Y hay unas derechas femeninas que siguen creyendo que la nueva legislación debe estar presidida por el imperativo que da la fisiología y que puede traducirse más o menos así: la mujer será igual al hombre cuando no tenga seno para amamantar y no se haga en su cuerpo la captación de la vida, es decir, algún día, en otro planeta, de esos que exploran los teósofos en su astral...

Yo no creo hasta hoy en la sonada igualdad mental de los sexos; suelo sentirme por debajo aún de estas «derechas» feministas, por lo cual vacilo mucho en contestar con un afirmativo cuando se me hace por la milésima vez la pregunta de orden:—«¿Es usted feminista?» Casi me parece más honrado contestar un nó escueto: me falta tiempo para entregar una larga declaración de principios.

Con todo, es conveniente ir haciendo una especie de programa derechista para el feminismo. Yo pondría como centro de este programa el artículo: «Pedimos una organización del trabajo humano que divida las fae-

nas en tres grupos. Grupo A: Profesiones u oficios reservados absolutamente a los hombres, por la mayor fuerza material que exigen o por la creación superior que piden y que la mujer no alcanza. Grupo B: Profesiones u oficios enteramente reservados a la mujer por su facilidad física o *por su relación directa con el niño*. Grupo C: Profesiones u oficios que puedan ser servidos indiferentemente por hombres o mujeres.

La primera rama sostiene frutos de contraste: el oficio brutal, a la vez que una especie de faena que podría llamarse de dirección del mundo. Aquí quedarían desde el obrero del carbón hasta el Aristóteles, consejero filosófico y político de los pueblos.

La segunda estaría encaminada a barrer al hombre de las actividades fáciles en las cuales se afemina, pierde su dignidad de varón y aparece como un verdadero intruso.

La última rama englobaría varias actividades que es imposible definir como masculinas o femeninas, porque demandan una energía mediana; éstas no entrañan para la mujer el peligro de agotarse ni para el hombre el de vivir de ese oficio grotesco.

Yo no deseo a la mujer como presidenta de Corte de Justicia, aunque me parece que está muy bien en un tribunal de niños. El problema de la justicia superior es el más complejo de aquí abajo; pide una madurez absoluta de la conciencia, una *visión panorámica de la pasión humana, que la mujer casi nunca tiene*. (Yo diría que jamás tiene). Tampoco la deseo reina, a pesar de las Isabeles, porque casi siempre el Gobierno de la reina es el de los ministros geniales. Y siento una verdadera náusea por esos en-

sayos monstruosos de servicio militar que se hacen en Rusia y que no sé quien busca llevar a la Italia fascista.

Esto último, a pesar de Juana de Arco: la pobrecita *payesa* de Francia, marca con su acción una hora en que el hombre ha debido estar envilecido no sé hasta qué límite. La peor cosa que puede ocurrirle a una mujer de este mundo es representar con su maravilla la corrupción del hombre, su guía natural, su natural defensor, su natural héroe.

Es apelar a alegatos desesperados o fraudulentos dar el nombre de Madame Curie para pedir en seguida una presidencia de Estado. También es ingenuidad pedir papisas porque existió Santa Teresa, que hubiera contestado con una broma llena de donaire si le hubieran señalado siquiera un cardenalato.

2.—La nueva organización del trabajo, de que he hablado en el artículo anterior, tendría por base el concepto de que la mujer debe buscar oficio dentro del encargo que trajo al mundo. Ahora diré qué cosa es para mí este encargo que está escrito en todo su cuerpo.

La mujer no tiene colocación natural—y cuando digo natural, digo estética—sino cerca del niño o de la criatura sufriente, que también es infancia por desvalimiento. Sus profesiones naturales son las de maestra, médico o enfermera, directora de beneficencia, defensora de menores, creadora en la literatura de la fábula infantil, artesana de juguetes, etc.

El mundo rico que forman la medicina, las artes y las artesanías que sirven al niño, basta, es perfectamente extenso para que hallen en él plaza todas las mujeres, sólo que de este reino suyo no debe ser desterrada por el hombre, ni sufrir dentro de él competencia suya.

No necesita, pues, dar el salto hacia los oficios masculinos por la pura bizarría del salto, ni por el gusto insensato de la justa con el hombre.

Cuando se señaló a la mujer como única sede en el hogar, tal vez se la provocó con la mezquindad del espacio, como a la ardilla del Parque Zoológico, a que se echase por sobre la valla. Nuestro tiempo puede ofrecerle, en torno de la exigua cámara primera, diez o doce o quince levantadas en torno de aquella. Convidarla a caer sobre las tiendas del trabajo masculino, es una necedad o una malicia.

Una necedad: ella rara vez cumplirá en ese terreno extraño trabajo equivalente al del dueño natural. Malicia: en la generosidad súbita con que el hombre ha aceptado la colaboración de la mujer tal vez haya una parte de cálculo: la antigua compañera, cuya mesa él costeaba, se le ha convertido voluntariamente en un jornalero que aporta la mitad del presupuesto doméstico.

Mientras el oficio femenino está regido como por una columna tutelar por el niño, mientras se mantiene vuelto hacia él, mientras se desarrolla a su sombra sana, ese oficio aparece con la dignidad que tiene cada cosa desarrollada en su zona. Mirarlo cumplirse no inquieta, ni repugna, ni irrita.

Se vería con una complacencia profunda un consejo vigilador de la primera enseñanza, compuesto totalmente por mujeres y otro igual vigilador de las fábricas femeninas. Pero sube una ola de sangre a la cara cuando se ve a la *chauffer* que yo conocí en país que no quiero nombrar, hacer la espera de su cliente hasta la madrugada, con una temperatura bajo cero; y repugna la Brunilda con uniforme de altas botas y pantalones sudosos, después de una marcha forzada, que están ensayando en la nueva Rusia; e irrita como una barbarie tártara ese grupo de limpiadoras de vía férrea de que da cuenta un periódico de mi provincia, dobladas como animales en el sol de castigo de la serranía de Illapel.

El Ministro socialista belga Anseele denunció con palabra sacudida de cólera la forma salvaje en que trabajaban algunas mujeres en la industria de la tintorería. Desnudas, porque la temperatura del taller así lo exigía, y mezcladas con los compañeros se movían dentro de la espesura del vapor, encanallándose por aquello que ha sido llamado tantas veces «el trabajo santo, voluntad de Dios». Todas estas monstruosidades vienen de que no se ha organizado la faena humana bajo el concepto de la diferencia de los sexos.

Una ingeniosa señora española me decía una vez, hablando sobre feminismo:—«Este abandono parcial o absoluto de los hijos y los enfermos, al hacer el trueque grotesco de la faena femenina, pediría la creación de un tercer sexo, que recogiese lo que el segundo empieza a rechazar».—«Faltaría el ángel—añadí yo—que recibiera el despojo precioso de los niños. Como el ángel sigue arriba, no queda sino hacer un pacto con las rebeldes, creándoles lucro dentro de su reinado legítimo y dándoles a la vez que salario, ocasión de piedad».

Ya sé que no todas las emancipadas son rebeldes y que un tercio de ellas está formado por verdaderas forzadas del trabajo. Hay la viuda, y hay, especialmente, la esposa del truhán, que abandonó los hijos, viuda artificial más dolorosa que la otra.

Yo hablo principalmente por éstas, a las cuales he escuchado muchas veces un ruego que punza el corazón: Querriamos trabajar dentro de la casa o con materiales que no choquen a nuestra costumbre doméstica.

Existe alguna cosa sobrenatural en la faena que se hace por nosotras dentro del círculo

blanco del niño. Lo digo yo con la experiencia viva en mis sesos y en mis manos. Cuando he escrito una ronda infantil, mi día ha sido verdaderamente bañado de Gracia, mi respiración como más rítmica y mi cara ha recuperado la risa perdida en trabajos desgraciados. Tal vez el esfuerzo fuese el mismo que se puso en escribir una composición de otro tema, pero algo que insisto en llamar *sobrenatural*, lavaba mis sentidos y refrescaba mi carne vieja.

Copiando un cuento mío para niños, una mecanógrafa me decía cosa parecida:

—Usted no sabe con que pulso tan distinto se escribe esto, después de haber copiado treinta planillas comerciales, cuyas columnas de cifras me echaban encima como un peso muerto de arena. El sitio suyo, el usurpado por el intruso, estaba en la editorial de obras infantiles, en la copia de las fábulas.

No se verifica en vano el delito de llevar un cuerpo tejido estricta a estricta para la misericordia o la maternidad hasta las hediondas usinas o hasta el puesto de vigilancia del gendarme.

Gabriela Mistral

Fontainebleau, 1927.

Item más

Sr. Director de

La Nueva Democracia

New York

Mi distinguido Director y amigo:

Decía yo a nuestro compañero el Sr. Orts, en una tarjeta breve, que no sostendré esta discusión sobre feminismo a la que desean llevarme algunas señoras y señoritas feministas y le daba por razón principal para ello, dos cosas: el que en ningún artículo de los que he leído se trata del verdadero fondo de mis ideas: la división del trabajo por sexos (faenas brutales y brutalizantes que jamás la mujer debe cumplir; faenas suaves y relacionadas con el niño—educación elemental, medicina infantil, industrias de juguetes etc., que deben ser *absolutamente* reservadas a la mujer.) En vez de discutir sobre esta vértebra del asunto, se me ha hecho un copioso (y, por algunas, inteligente) alegato en favor del feminismo electoral y de otras cosas que yo no rechazo, aunque el voto me interesa sólo en segundo término, porque creo que lo fundamental no es hacer las leyes sino las costumbres. Ni siquiera me declaré anti-feminista, sino feminista de derechas, feminista con reservas al programa máximo, creyendo—¡con qué ingenuidad!—que se puede todavía, en medio de los leninismos del tiempo, hablar una lengua de medida y depositar adhesiones parciales a un credo.

El Ordenador invisible existe, el Legislador de la economía humana que se quedó escondido, pero que grabó su ley en la línea del pecho de la mujer, en su ojo húmedo, en su mano delgada.

Hay que volver, es urgente el regreso a lo nuestro, la segunda entrada de la mujer en el pabellón del niño, ya sea ésta el retorno de la arrepentida (desde Hellen Key las que se rectifican son muchas) o la vuelta de la que fué arrancada a su pesar y tuvo siempre nostalgia de lo suyo.

Que nos entreguen lo nuestro: en la industria del calzado, haremos el zapato del niño; en la carpintería, el juguete del niño; en el periódico, escribiremos su fábula, y en los años de práctica de la Escuela de Medicina, iremos a la Gota de Leche, en vez de enderezarnos hacia la sala de sífilíticos de cierto hospital que tampoco quiero nombrar, a donde por alarde de cinismo se conducía a un grupo de alumnas para el lavado de los enfermos...

Y este regreso empieza a ser urgente.

serías inútiles. Por un Congreso feminista que se desarrolla en ambiente superior, hay tres que no hacen sino concentraciones lastimosas de odio. *Yo he sabido siempre, mirando las luchas femeninas, que la mujer es el peor enemigo de la mujer.* Espero que me convenzan de su credo mujeres como una MacDermontt, irlandesa de Estados Unidos, que ha aprendido ya, en los debates de los hombres mejores de su país, a discutir como cristianas, sin desjarretar a la adversaria, y que empiezan por probar la elevación de su doctrina con la limpieza de su gesto y de su corazón. Cuando la mayoría de nuestras feministas hable esta lengua de senado de mujeres, cargado de respeto, yo creeré en que son capaces de suceder al hombre en la política y estaré incondicionalmente con ellas.

He recibido, después de mi tarjeta al Sr. Orts, algunos artículos y varios anónimos inju-

riosos, que parecen salidos de la más violenta asamblea de hombres. No voy a contestarlos porque se lucha con armas muy desiguales cuando un adversario alza los puños y el otro... habla. Mi persona no tiene ninguna importancia en la discusión. Se trata del ingenuo hábito hispano-americano del meeting político, en el cual el color de los ojos, la simpatía de la sonrisa, los versos malos o la cojera física del que da ideas, tienen parte en éstas y ejercen influencia en el debate... Es ingenuo que se llame «enemiga de la mujer que trabaja» a una mujer que ha trabajado desde los catorce años y que trabaja todavía, que se quiera convencer a las feministas de que tienen una enemiga en alguien que ha hecho tanto como cualquiera de ellas—y ni un punto menos—por la suerte de las mujeres de nuestros países; que se hable de mi odio hacia las obreras y las empleadas, para quienes he pedido sino trabajo

dulce, trabajo decoroso, trabajo en relación con su cuerpo débil y su alma limpia, que no debe encanallarse en las fábricas. Es de un ingenuo que toca lo grotesco. En mi proyecto yo no he reducido a la mujer a la maternidad: yo he querido circunscribirla, directa o indirectamente, al niño en los trabajos y en las profesiones (médica, juez de niños, educadora, etc.) El odio casi nunca es inteligente, pero también casi nunca es eficaz en su prédica, porque la exageración le quita algún prestigio.

Sobraba también hablarme del voto, que no combato; de la esclavitud femenina, especie de mercado negro, que no he defendido nunca; de la moral separada por sexos, en la que tampoco creo, y de tantos lugares comunes del feminismo primario, que andan en el aire hace treinta o más años. Sin querer hacerme especialista de feminismo—yo no soy especialista ni de las clases que di veinte años, yo no soy especialista de nada, sino mujer un poco atenta a las costumbres y al trabajo de las gentes—yo no he podido, sin ello, opinar sobre este asunto que, como toda actividad contemporánea está puesta a juicio, y tiene que soportar la crítica docta y la indocta también. Las señoras indignadas de oír una opinión opuesta parecen no darse cuenta de que su empresa, como cualquiera otra es documento ofrecido a la opinión como la actividades más importantes—que ella lo es—y como las más pequeñas. El tono sin ninguna tolerancia de algunas me hace pensar en que la fecha de este artículo fuese una fábula. El mil novecientos es época por excelencia de crítica. No fué destructora, sino honradamente constructora, la mía. En mi pequeña documentación sobre el feminismo, no estaba este dogmatismo torquemadesco: cualquiera adquisición de experiencia y de información es buena, la apedreadura injusta también! He llegado a leer algunos de esos artículos y de esas cartas

con estupor, como cosas contestadas a otra persona: así son de desleales a mi pensamiento verdadero. Llevo hecha una jornada de defensa del niño sin madre que es casi siempre el de hoy y escribiré sobre ello y volveré sobre el tema cien veces todavía.

No todo, sin embargo, ha sido torpeza en este indidente: tres días después de la publicación de mis artículos en Chile, el Ministerio del Interior disponía que se reservasen absolutamente para las mujeres los empleos de correos y telégrafos. «por ser ocupaciones suaves que conviene a la mujer».

Yo no pretendo desde Francia, haber provocado este éxito magnífico; pero he recibido de feministas de mi país la buena noticia de que sirvieron de alguna cosa mis artículos para esa solución que beneficia a muchas nobles mujeres. Doy por bien sufrido lo sufrido, esta vez, como siempre.

Agradezco a las que me han rebatido con alguna lealtad. A las otras las remito al «tiempo», que les dará algún día sentido de equidad y corazón digno de una discusión sin veneno.

Le mando estas líneas únicamente para rectificar una grave cosa: en uno de esos artículos, que me llega anónimo, se dice que he llamado a Juana de Arco «la payasa de Francia». Mi original decía *payesa* (campesina). Cuando leí el horrible error de imprenta escribí a nuestro compañero el Sr. Orts, pidiéndole que rectificase. El ha olvidado mi encargo enteramente, aun cuando yo le presenté la la gravedad de semejante trueque.

No sólo amo, yo venero, al «arcángel de Francia», y necesitaba estar insensata para estampar tamaña injuria sobre una de las criaturas sobrenaturales que han pasado por este mundo, y más aún, sobre la santa a quien rezo desde que estoy en su patria.

Saludo a Ud. Sr. Director y amigo, con mi viejo afecto.

Gabriela Mistral

Montpellier, Agosto 1927.

El plan Kellogg, afecta a América

París, 23.—Si el asunto no fuese demasiado grave para abordarlo con un juego de palabras, podría uno preguntarse si el 4 de julio, fecha fijada para la aprobación del pacto antibélico, como tributo a la conmemoración de la independencia de los Estados Unidos, no va a colocar a otros países del continente americano en una posición de peligrosa dependencia. En efecto, a través del pacto de Briand y Kellogg una declaración política de carácter unilateral, cual es la doctrina de Monroe, adquiere de pronto el reconocimiento internacional, precisamente de parte de aquellas potencias que podrían tener interés político y comercial en defender a los países de América contra una eventual interpretación de la doctrina de Monroe que afectase a su soberanía.

Algunos se consolarán pensando en las reservas de que se ha hablado en los últimos meses. Pero, bien examinadas unas y otras reservas, las norteamericanas respecto a la doctrina de Monroe no quedan ni explícita ni implícitamente destruidas por la vaguedad de las que pudiésemos llamar contrarreservas de los signatarios europeos, en las cuales se alude a compromisos anteriores. En ellas caen de lleno Locarno y otros tratados con los cuales los países de América no tienen nada que ver. Abarcan también el pacto de la Liga de las Naciones, en cuyo artículo 21 aparece la doctrina de Monroe, con lo que ciertos espíritus contentadizos pudieron darse por satisfechos. Pero si se tiene en cuenta que tanto texto sibilino como a ese respecto han hecho los gobiernos, excluyendo la clara y afortunada declaración del representante argentino, Dr. Cantilo, de hace unos meses, no permite darle un carácter de precisión suficiente para que las reservas en este punto de los signatarios europeos signifiquen una defensa de los intereses soberanos de los países de América, las causas de la inquietud subsisten intactas.

Dada la vaguedad en que se envuelve todo esto, los Estados Unidos se encontrarían, después de la aprobación del pacto de Briand y Kellogg, en situación de suponer que las grandes potencias europeas les han dejado las manos libres en el resto del continente americano. El problema que se plantea adquiere singular importancia al pasar revista a la política de Washington

con respecto a los tratados de arbitraje. Ya al concertarse el tratado entre Francia y los Estados Unidos el embajador argentino en París, Sr. Alvarez de Toledo, tuvo el buen cuidado de recordar al Quai d'Orsay cómo se pensaba en el resto de América acerca de la doctrina de Monroe. Pero la red de tratados de arbitraje sigue tejiéndose, y ahora mismo acaba de celebrarse uno entre los Estados Unidos y Dinamarca y va extendiéndose en medio de una pasividad sorprendente por parte de los países afectados. Únicamente que el pacto de Briand y Kellogg, por su trascendencia y repercusiones, constituye todavía un acontecimiento mucho más inquietante.

Julio Alvarez del Vayo

(La Nación, Buenos Aires).

Impresión personal.—Conocimos al autor de estos ensayos y trabajos hace algunos años en el vórtice de una agitación política avasalladora, a la que consagramos unos cuantos jóvenes de buena fe y cortísima experiencia todos nuestros entusiasmos y nuestros arrestos de noveles.

El grupo—el más radical—vióse, de buenas a primeras, aumentado con la personalidad sugestiva y atrayente del Dr. Juan Antiga y Escobar, quien a los pocosegundos de incorporárenos habíase captado todas las simpatías.

De niños, habíamos oído en ocasiones el nombre de este interesante personaje, que de no ser de carne y hueso parecería una creación novelesca del rodinesco Balzac o del insigne pícaro, Don Francisco de Quevedo y Villegas.

De mediana estatura, erguido, vestido siempre de un modo muy personal, que nos llamaba la atención y que sugería un criollo de otros tiempos, el cuerpo de nuestro amigo, agilísimo, da una impresión de juventud que contrasta notablemente con la que produce su rostro. La cara de Antiga, por sus arrugas y surcos, coquetamente cultivados y acentuados (por algunos rasgos de su indumento), parece pertenecer a un matemático abstraído, uno de aquellos matemáticos del siglo XVIII, de quienes tan bellas cosas intelectuales se nos cuentan, o a uno de esos jugadores científicos que permanecen horas y horas ante el clásico tapete verde, siguiendo una combinación, que han ideado tras profundos estudios de la teoría de Stuart Mill, acerca del cálculo de las probabilidades.

A veces, cuando la mente de Antiga permanece en reposo, es el rostro de un fakir indio el que se presenta a nuestra vista.

Otras, cuando arrastrado por la íntima confianza de su auditorio, narra alguna de sus increíbles experiencias vividas y gozadas, su faz es la de un sacerdote dionisiaco consumido en el fuego de su vida.

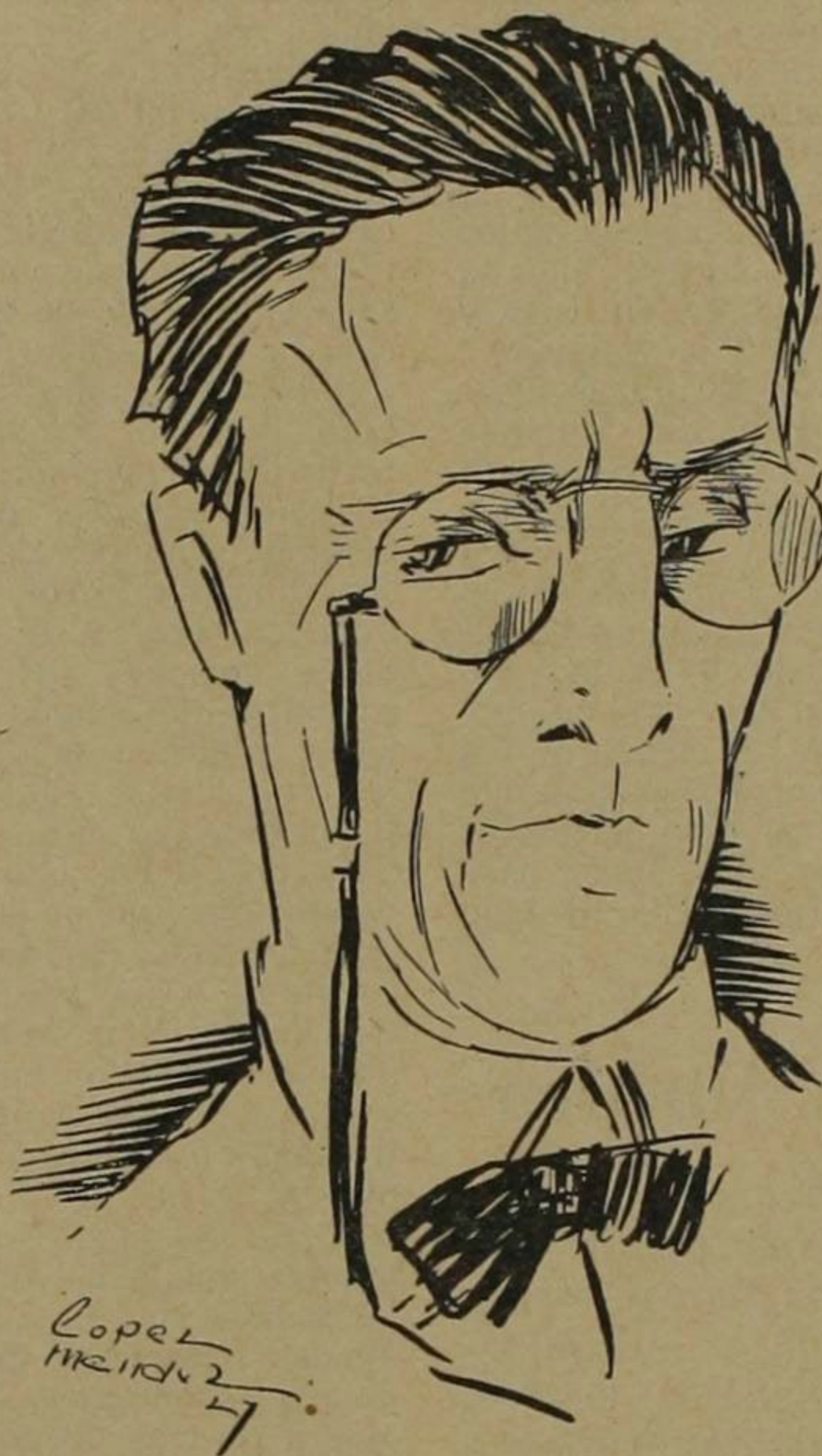
El tono oliváceo de su rostro, al que dan carácter unos ojos vivos, eternamente jóvenes, y unos labios finos, eternamente viejos, es una nota de color extraordinaria, cuando vestido de blanco y reluciente dril y tocada su cabeza, que no han logrado encanecer ni despoblar las aventuras y los trabajos, con el clásico *jipi* de nuestros padres, aparece de improviso como surgido de la tierra (es la impresión que siempre nos produce su modo de llegar) en nuestras reuniones bulliciosas y jaraneras.

Pero cuando a solas con este hombre, se le llega al corazón en demanda de auxilio moral o material, aquellos labios cínicos se separan, sonriendo con optimismo, y dejan ver una hilera de dientes, fuertes, parejos, perfectamente dispuestos, que justifican con plenitud todo el enor-

Nada más que 1 hombre

Alrededor de Juan Antiga

= Prólogo de los 2 volúmenes de *Escritos* de Juan Antiga. Calpe. Madrid =



Dr. Juan Antiga y Escobar

me impulso de vida que se desprende de su personalidad. Y sus ojos vivos se agrandan, o se velan, y es entonces el buen samaritano que tiene siempre abierto su espíritu hospitalario a cuantos se acercan a él.

Lector infatigable, ha comprendido desde temprano la enorme verdad que encierra la vida del Cristo; y convencido de que la de los hombres ha de de transcurrir, necesariamente, entre publicanos y pecadores, como no se siente limpio de pecado, nunca ha tirado la primera piedra—ni la última—, actuando a veces en sentido contrario, cubriendo con su propio cuerpo a la infeliz a quien trataba de apedrear la muchedumbre de «sepulcros blanqueados».

El motivo de estas páginas.

—En el curso de nuestras experiencias revolucionarias, a las que nos referimos en las primeras líneas de este ensayo, pudimos apreciar prontamente—como quizás no fuera dable en alguna otra ocasión—muchos de los rasgos personales de Antiga. Intimamos rápidamente y a fuer de veraces, diremos que nos extrañamos de algunos aspectos de su carácter. Jóvenes todos nosotros, con un caudal de sueños y esperanzas, algunos con verdadero bagaje para realizar obra futura, nos

permitimos fratar con cierto despego (valga la franqueza) a este hombre pintoresco, a quien sólo considerábamos como de enorme fuerza vital, pero de ninguna transcendencia intelectual.

(¡Ignorantes nosotros, desgraciados ignorantes—qué pronto habíamos de experimentar en nuestra propia carne la falsedad de ese razonamiento—, que diez libros leídos no valen lo que una hora sufrida!)

Antiga mismo no se apreciaba como productor de esa clase; y sólo después de muchas conversaciones acerca de un problema cualquiera de índole variadísima, una ligera referencia suya a tal o cual escrito o ensayo publicado por él en periódicos o revistas pretéritos, despertaba en nosotros curiosidad por conocerlo y nos hacía hablar un momento de aquel asunto. Siempre, por una u otra causa nos retardábamos en lograr nuestro deseo, hasta que un día cualquiera del verano pasado, y en ocasión de nuestra creciente insistencia y curiosidad, Antiga nos dijo: «No creo que merezca la pena, pero en casa tengo para que los conozca mis escritos. Vaya por allá...»

Y un buen día penetramos por la amplia puerta de la casa de Antiga en la habanera calle de San Miguel. En la sala, una de esas salas de nuestras an-

tiguas casas coloniales, con su techo de recias vigas y su piso de mármol, y sus mamparas ingenuamente policromadas, entre innumerables libros y folletos de todas clases, nos encontramos en una mesa, dispersa, desigual y variadísima, como la vida de ese hombre, su producción intelectual.

Al lado de una crónica descriptiva de un juego de *base-ball* celebrado en México en los años primeros de este siglo, una tesis científica sobre el desarrollo de la fiebre amarilla en un país centroamericano; avalorados ambos trabajos por el hecho inconcuso de que el mismo que había escrito la crónica deportiva tomando parte activa en el juego celebrado, había compuesto por su experiencia personal las tablas estadísticas que acompañaban la tesis médica.

Entre ambas producciones, una página sobre un asunto de actualidad, escrita en lenguaje sencillo; pues Antiga, a diferencia de nuestros célebres simuladores, escribe como Varela, *para los ignorantes*; página inspirada en una necesidad social o en una reflexión cualquiera surgida al margen del ejercicio de su profesión; y luego, un ensayo más serio sobre verdaderos problemas sociales o políticos de la hora presente, muy sentido y muy sensato, y basado desde luego en lecturas, pero muy lleno de pensares propios y reflexiones nacidas al calor de su experiencia.

Luego de una crónica sobre el boxeo y su desarrollo en nuestros países o sobre las condiciones físicas que debe tener un buen jugador de *base-ball*, un erudito trabajo sobre la Cítara, instrumento musical delicadísimo... Pues habéis de saber—¡oh amigos!—que este aventurero *per se*, este jugador profesional de *base-ball*, que—según la frase que lo consagrara en ese aspecto, debida al ingenio felicísimo de Víctor Muñoz—era el único jugador de pelota en el mundo, que sabía quién era Baudelaire, cuando llega la alta noche y nosotros lo dejamos en su casa, a solas en su gabinete de trabajo, ese gabinete heterogéneo que todos conocemos, saca de su caja el *divino instrumento* y se pone a ejecutar alguna pieza delicada, que a él le dedicó otro *citarista*, que son éstos muy pocos en el mundo y a modo de masonería cerrada.

Entretenidos, abstraídos, viviendo momentos de esa vida múltiple, entre las páginas amarillentas de esos artículos de revistas y recortes de periódicos y de folletos impresos hace ya algunos años—publicados unos en la República de El Salvador, otros en México, los menos en La Habana, éstos en Quito, aquéllos en los Angeles, y que ante nosotros se amontonaban en la mesa—, dejamos transcurrir como dos meses, devorando con curiosidad y creciente admiración, todos esos

(Pasa a la página 63)

LETRAS E IDEAS

Pérez de Ayala en la Academia

=De El Sol. Madrid.=

Por fin es académico Ramón Pérez de Ayala. Su elección no es el triunfo de un grupo, ni de una tendencia determinada. Es el triunfo de sus obras y también un triunfo para la Academia y para la opinión pública literaria, que hace tiempo le reconoce y le proclama por uno de los maestros de las letras actuales.

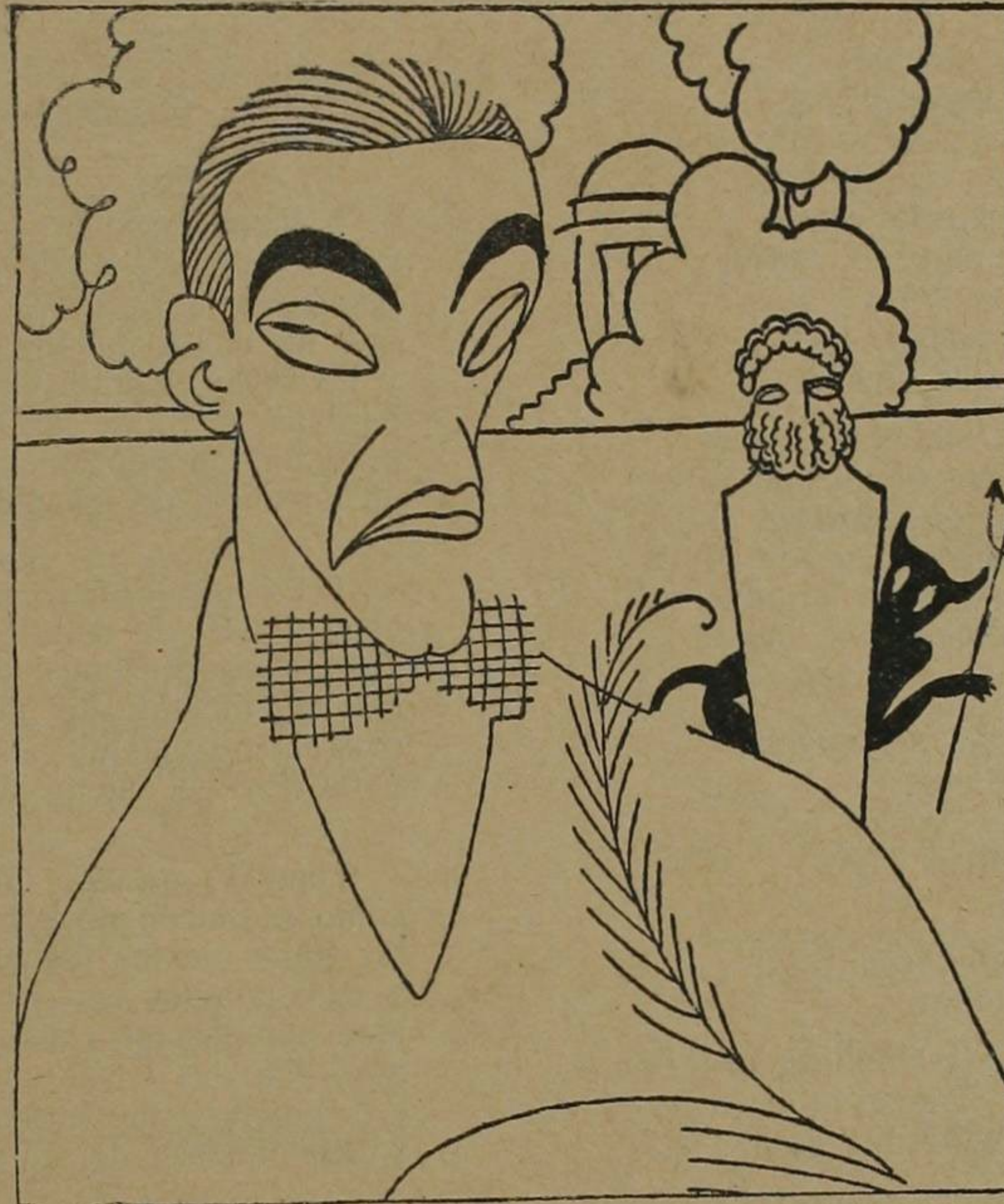
Digo que es un triunfo para la Academia porque la entrada en estas ilustres Corporaciones de los escritores que representan los valores más vivos y actuales de la literatura indica que no son estos Cuerpos un vistoso Panteón de glorias preteritas, ni una supervivencia de la arquitectura social del antiguo régimen, sino que pueden tener y tienen una misión en la vida intelectual de nuestro tiempo.

La Academia Española, como la Francesa, representa la tradición del idioma y de la literatura, pero la tradición en su verdadero sentido, que es *continuidad*, entrega que hacen las generaciones literarias a las siguientes de los resultados de su labor y de su experiencia artística.

La literatura y el idioma son productos históricos, que se renuevan mientras viven. Cuando la renovación cesa, pasan a ser literaturas eruditas y lenguas muertas. Una tradición estanca es una tradición que se petrifica o se pudre. La tradición viva es la tradición de aguas corrientes. La fórmula de la tradición es un continuo *devenir*, que parte de lo pasado y atraviesa el paisaje de lo actual caminando hacia lo futuro. Una tradición que no se mueve, que no tiene renovación vital, es un legado arqueológico, como los monumentos antiguos.

La Academia es una sociedad de literatos. El majestuoso nombre colectivo no añade ninguna virtud mágica ni mística al hecho real de la Corporación formada por individuos vivos. Su prestigio histórico procede de la gloria de los académicos antiguos y de la obra que realizaron en común, pero su prestigio actual no puede tener otro fundamento que la composición y la obra presentes. En cada época, la importancia efectiva de la Academia es la de aquellos literatos que la forman y de la labor que realizan. Es una suma de prestigios individuales asociados para la común empresa.

En la Academia tienen representación legítima todos los géneros de la literatura. Los géneros que llamamos creadores o poéticos, en prosa o en verso, la crítica, la filología, la historia, la oratoria y la literatura didáctica en sus varias especialidades científicas. La Academia no es un instituto filológico científico, que exigiría otro reclutamiento y otros métodos de trabajo. Su misión es fijar en cada época el tipo de la lengua lite-



Ramón Pérez de Ayala

(Caricatura de Bagaría).

ria o escrita. Por eso los literatos de los géneros poéticos no son un adorno en la Academia; son tan necesarios como el filólogo, puesto que ellos son los que imprimen su fisonomía al lenguaje en cada momento histórico y los verdaderos técnicos o seleccionadores del uso.

La forma en que se ha verificado la elección de Ramón Pérez de Ayala, sin un voto discrepante, sin una papeleta

en blanco, ni una ausencia que pudiera significar oposición o protesta, es también muy honrosa para la Academia. Revela que si las elecciones académicas, como todas aquellas en que se pone interés, tienen su parte de pasión, algún momento de efervescencia, en que las opiniones adquieren cierto calor apasionado, al cabo en una reunión de hombres maduros y cultos, acostumbrados al ejerci-

E. Gómez de Baquero

cio de la razón, lo natural es que prevalezca el equilibrio, la comprensión y la inteligencia y que se imponga el criterio literario.

Hay que reconocer que la tramitación de las elecciones académicas es demasiado lenta para los tiempos actuales, de tanta velocidad. Dos meses de plazo electoral son, no diré dos meses de guerra civil, pero sí dos meses de agitación para los académicos y los literatos. Uno de los puntos que convendría reformar en los estatutos y reglamento de la Academia es éste, abreviando considerablemente el plazo. Hoy no son necesarios ni acaso convenientes muchos días de término para la presentación de propuestas e instancias, ni hace falta un segundo periodo para informarse de las circunstancias de los candidatos. En el ambiente actual de publicidad no pueden ser desconocidas, ni es cosa de instruir un expediente *de vita et moribus*.

Ramón Pérez de Ayala entra en la Academia en plena madurez y en la plenitud también de su fama. Aunque todavía es joven no está en la categoría del joven maestro recién revelado, sino en la de los maestros consagrados. Veinte volúmenes de novela, de poesía, de crítica, de ensayos son ya una obra dilatada, que por la edad del autor y la frescura y facundia de su ingenio, promete enriquecimientos; pero que basta por sí sola para los máximos honores literarios.

Algunas de las obras de Pérez de Ayala pueden parecer de una ideología atrevida a los que entienden que la Academia ha de ser una Corporación conservadora y arqueológica. Mas ¿no eligió la Academia a Pérez Galdós, que había tratado el problema religioso en *Gloria* y y en *La familia de León Roch*, y a Valera, con su dulce escepticismo, y a Castelar, y a Picón y Palacio Valdés, que habían usado de la libertad artística del novelista, y al sabio Benot, que duerme en el cementerio civil? La elección de Pérez de Ayala continúa una tradición de imparcialidad, de tolerancia, diría si no fuera porque en estos casos no se trata de tolerar opiniones tan dignas de respeto como las contrarias, sino de reconocer méritos literarios, sin investigación o inquisición de opiniones.

Pérez de Ayala será en la Academia el heredero de dos literatos insignes: el uno fué académico con mucho honor y satisfacción de la Academia: D. Juan Valera; el otro mereció serlo: *Clarín*, uno de los sillones 41. Sea cualquiera la letra que le corresponda, el sillón que viene a ocupar Ramón Pérez de Ayala es el de D. Juan Valera.

Consultorio Optico "Rivera"

EXÁMENES DE LA VISTA - ANTEOJOS Y LENTES DE TODAS CLASES

EXACTITUD Y PRONTITUD

Especial atención en el desarrollo de recetas de los Señores Médicos Oculistas

GEMELOS DE TEATRO Y CAMPO - MICROSCOPIOS - LENTES DE LECTURA

Guillermo Rivera Martín

Optico del Colegio Nacional de Jena, Alemania

Aprobado por la Facultad de Medicina de Costa Rica

SAN JOSE DE COSTA RICA

—

CORREO 349

Página lírica

de Roberto Brenes Mesén

=Del tomo *Los Dioses vuelven*. En las Ediciones del Convivio. San José de Costa Rica. 1928.=

Flauta errante

Ya no se veía el orbe
del sol, como un momento antes;
los barcos de aladas velas
de las nubes convoyaban
hacia un puerto de los cielos
el velero del Crepúsculo.

En las playas de la tarde
la graciosa luz corría
anudando a toda prisa
rotas mallas en sus redes.

Las madejas de un sol gualda
enredadas en los árboles
exaltaban el encanto
de los bosques, junto al lago.

Los rumores inquietaron
el silencio de la sombra:
fué una brisa, un batir de alas,
una ardilla, una bellota
desprendida de la altura,
algún trino suspendido
de una rama o de una sombra;
fué el discreto aposentarse
de la Noche en sus estancias,
en espera de la fuga
del velero del Crepúsculo.

Y de súbito la música
no terrena de una flauta
invadió los aposentos
aromados de la sombra.
Era aquella melodía
dulce miel para el oído;
alejábase y volvía
a manera de fragancia
columpiándose en la brisa.

Fué como si de las cosas
de la selva se elevase
una voz hacia la luz,
la plegaria de las cosas,
de los musgos, de las hojas,
de las ramas y los nidos;
era el Angelus del mundo
de los seres sin palabra
elevándose en las notas
de una dulce flauta errante
por el aire de los bosques.

Y a medida que la flauta
resbalaba entre los árboles
desprendíanse las jarcias
luminosas del velero,
convoyado por cien barcos
a otro puerto de los cielos.

Cálmame, Señor

Cálmame, Señor,
esta mi sed de amor
que pone lágrimas en mi alma,
que funde las palabras de mi lengua
y las hace de miel y de fragancia
para mí, mientras las siento
perfumar mi pensamiento
en ausencia de los que amo.

Cálmame, Señor,
esta mi sed de amor!
Porque, en presencia de los que amo, siento
que el ambiente del mundo
congela mi palabra
y no fluye al querer del pensamiento.

Hice de corazón un mandamiento,
como se hacen de sol
los trigos de los campos,
y amé a todas las gentes,
amé a todas las cosas,
pero sólo las cosas comprendieron.
Los hombres me buscaron el motivo
y desconfiaron del amor de otro hombre.

Mi corazón destila
callado, dulce llanto
sintiendo el llamamiento
urgente del amor.
Mi voluntad le impone
silencio doloroso:
yo vivo el mandamiento
en mi mundo interior.

Cálmame, Señor,
esta mi sed de amor
que funde las palabras en mi lengua
y las hace de miel y de fragancia.

Cálmame, Señor!
Como un panal su miel
bajo el fulgor del sol,
mi corazón destila
dulce llanto de amor.
Úngeme con el ungüento
de tu paz y de tu luz,
y cálmame, Señor!

Balada de la ausencia

Compláceme estar ausente
porque, cerrando los ojos,
en el agua de mi mente
baja a mirarse su rostro.
Y a través de sus pupilas
yo penetro en el misterio
de su ser, como en las sendas
de un jardín de monasterio.

Sus ideas femeninas,
ornadas de lazos rosa,
se me vienen al encuentro
en una graciosa ronda.

Como ciervos espantados,
mis días de aquellos tiempos
se refugian en la selva
rumorosa del pasado,
endonde un riachuelo canta
con voz de cisne encantado.

En sus borrosas orillas
enguinaldadas de lila,
danzan, vuelan con alillas
de mirto, frescas sonrisas.

En el brasero de mi alma
su recuerdo es un incienso,
un sahumerio que da aroma
suave a todo cuanto pienso.

Compláceme estar ausente,
porque así, en la soledad,
soy más señor de mi mente;
porque el silencio-ermitaño
desde su celda de musgos
viene húmedo y oloroso
a resinas y arboledas,
a deletrear conmigo
hoja a hoja, y rayo a rayo,
las yerbas y las estrellas.

En la ausencia el pensamiento
idealiza los contornos
de las cosas, desentraña
sus recónditos sentidos,
halla más hondos los mundos.

Su presencia es como el día,
que hunde en luz el Universo;
su ausencia es como la noche
que se saca de entre el seno
infinitas joyas de oro,
para revelar, callada,
la extensión de su tesoro.

Trigueña

Ana María

Sobre el césped dolorido
de mi corazón-jardín
tus trigueños pies se mueven
con la gracia de las danzas
que bailabas cuando niña.

Sobre la sufriente arena
de mi corazón-jardín
tus trigueños pies me dejan,
con la huella de tus pasos,
la armonía de tus danzas.

En la sombra de las rosas
de mi corazón-jardín
una risa de agua fresca
llena el aire con tu nombre
y la luz con tu presencia.

En la fuente del contento
de mi corazón-jardín
tú eres agua y eres canto
derramándose en las tazas
de la fuente del jardín.

Por los limpios pabellones
de mi corazón-jardín
tú atraviesas a toda hora,
mi trigueña golondrina,
como el alma del jardín.

Al caer de la tarde

Jardín. Soledad. Dulzura de crepúsculo
en la transeunte luz perdida en la penumbra.
En el rural arroyo, un grávido rumor;
en el aire un arrulló de palomas;
las sonoras alondras de bronce del Angelus;
el ósculo postrero de la tarde
en los ojos de césped de los campos.
Callado el corazón; en mi alma, paz.

Todo, en redor, arcano pensamiento
olvidado en la mente de un Arcángel.

Después, puntitas de llama en el cielo,
como en un delantal lleno de joyas.

¡Ay! la profunda sensación de que la tierra
corre en el espacio como aguja que va hilando
las hebras inmortales de mi vida en lo infinito.

Sombra de lino

Por entre los laureles
pasó la sombra de lino de su traje
hacia la orilla de las verdes aguas.

Piel
de tigres y leopardos
tendióle el sol sobre las yerbas del paisaje.

Una banda de palomas, como un volar de nardos
nevé el verdor de los laureles.

El silencio del paraje
tuvo aliento de verbenas.
La de aquel sitio fué paz de azucenas.

Ella, la del albo lino, me tendió su mano
y se alejó de mí por el sendero,
casi invisible, del paraje en sombra.
Yo me quedé en el banco
mirándola perderse entre las plantas
como lunar y limpio rayo blanco.

El canto de azahar de un limonero
quebró el silencio del cristal del aire.
Mi corazón reconoció la sombra:
era mi juventud, enamorada
todavía, a pesar de mi desaire
y de mi gran promesa no cumplida,
que venía a encantar, con su mirada
de veinte años; la tarde de mi vida.

Estrellas y manos

Las estrellas escriben sus decretos
con líneas menudas en la palma
de la mano del hombre.

Los secretos
designios, los más íntimos del alma,
como aquel olifante en Roncesvalles,
hacen temblar con su clamor los valles
y montes de la mano.

En ese delicado pergamino
que pliega y que despliega
el más leve tremor de un pensamiento,
toda línea es arcano
presentimiento
que esculpió el destino,
o historia que es, como los hados, ciega,
por haber visto el rostro peregrino
de la verdad en éxtasis.

Cuando tú posas
la flor maravillada de tu mano
sobre mi frente,
yo sé que tú despliegas
delante de mi lámpara encendida,
con la exquisita gracia de las rosas,
todo el cielo inocente
que te dieron los dioses con tu vida.

Tú quieres que descifre
la leyenda litoral de tu pasado
en el breviario de tus lindas palmas;
anhelas que yo cifre
en la virtud de tu hado
la diáfana ventura
que nació en la ternura
de este amor inmortal de nuestras almas.

Cérré los ojos

Cuando en la blancura de tu mano
ví el rubio grano de arena
cérré los ojos, para mirar la playa
dorada
y dormida al arrullo del mar.

Cuando en la blancura de tu mano
ví la gracia de la nuez,
cérré los ojos, para mirar la selva
y escuchar en sus ramas el viento,
manchado de alas
y de hojas de otoño doradas.

Cuando en la blancura de tu mano
posé mi beso de amor,
cérré los ojos, para mirar el mundo
todo cargado de flor.

Las tumbas de los días

Al fin, vidente Amor, ya les has visto!
Cada uno de ellos tiene
la juventud de un Cristo,
la belleza y la paz dulce y augusta
de un dios dormido que parece muerto.

Ya les has visto, Amor,
en mi santuario abierto

bajo la luz adusta
de melancólico astro.
En urnas de alabastro
cerradas con cristal
yacen todos mis Días,
hermosos y dormidos
con un sueño inmortal.

Aun parecen sus ojos encendidos
en un fulgor de vida!
Cuán atrevida juventud la suya!
¡Y cuán hermosos fueron!
Mas cómo se durmieron
para siempre mis Días!

Conservan en sus rostros alegrías
de la vida y la dicha y el amor;
pero ya están dormidos
bajo lienzos de cristal.

Esos que están velados
con sus propios cabellos,
acércate, Amor,
que tú no les has visto,
tienen también la juventud de un Cristo,
pero están castigados,
porque fueron mis Días desgraciados.

*Hay ejemplares disponibles de
Los Dioses vuelven. A ₡ 3.00
el ejemplar; en edición lujosa.*

Abrimos un concurso

Estamos en condiciones de ofrecer dos premios:
de ₡ 200 (\$ 50 oro am.) uno, y de ₡ 100 (\$ 25 oro am.)
el otro, a los dos mejores artículos que nos lleguen
acerca de este asunto:

*¿América para los americanos o América para
la humanidad?*

Dentro y fuera del país, concurren los que puedan
y quieran.

El artículo ha de condensarse, más o menos, en
unas mil palabras.

Artículos no premiados que sean interesantes y
meritorios, nos reservaremos el derecho de publicarlos.

Se cierra el concurso el 15 de Setiembre próximo.

El jurado se nombrará oportunamente.

Los trabajos han de remitirse con las precauciones
de estilo en estos concursos.

Rep. Am.

NUEVA EMPRESA

Apart.
1108



Teléf.
488

Taller de reparación de automotores

SANARRUSIA Y LEITÓN

Lado Sur del Teatro Nacional

I

El portero entró en mi despacho y me dijo:

—Preguntan por usted, señor.

—¿Quién?

—Edipo Rey.

—No le conozco.

—El me ha dicho que le conoce usted.

—¿Qué quiere?

—No sé. Me parece que trae un manuscrito.

Torcí el gesto.

—Que espere. Estoy ocupado. Cuando termine llamaré.

Un cuarto de hora después Edipo Rey se hallaba en mi presencia.

Era un joven gordo, carirredondo, pecoso, de labios gruesos.

—Buenas tardes, querido amigo—me saludó, tendiéndome la mano—. ¿Qué tal?

—Bien, ¿y usted?... ¿Con quién tengo el honor de hablar?

El joven se había ya repantigado, *motu proprio*, en una butaca.

—¿Cómo! ¿No se acuerdo usted de Edipo Rey?

—¿El padre de Antígona?

—No. El Edipo Rey que le envió a usted el mes pasado unas poesías, que usted no publicó. Me contestó usted dos veces en su «Estafeta».

—¡Ah, sí, sí; ya recuerdo!

—Es bonito el seudónimo, ¿verdad?

—No es feo, no.

—¡Edipo Rey! Le llamaría a usted la atención.

—Sí.

—En su primera respuesta me decía usted: «Su poesía, aunque concebida en una cabeza coronada, avergonzaría a un cochero de punto». Se reirían mucho los lectores.

—¿Viene usted por lo visto, a pedirme explicaciones?

—¡No! Lo que me ha movido a visitarle a usted ha sido la segunda respuesta. La recordará usted...

—Vagamente.

—Qué desmemoriado! Me decía usted: «Renuncie de una vez para siempre a pulsar la lira. Le aconsejamos que se dedique a otra ocupación».

—¿Y qué no está usted conforme?...?

—Sí; pero vengo a que me diga usted la ocupación a que debo dedicarme.

—¡Hombre, yo que sé!

—¿Cómo!

El joven me miró con asombro, casi con indignación.

—¡Ah, no!—añadió—habiéndome usted aconsejado, de un modo tan categórico, que cambie de oficio, su deber es orientarme, ¿comprende usted?

—No del todo.

El joven cogió un pitillo de mi cigarrera, lo encendió y se explicó de esta guisa:

—Usted me ha cerrado, por decirlo así, las puertas del Parnaso, me ha hecho renunciar a la carrera de poeta. Y ha contraído con ello cierta responsabilidad en lo que atañe a mí porvenir.

—Para aconsejarle a usted —objeté yo timidamente—la ca-

rrera que ha de elegir, necesitaría conocerle un poco, saber de lo que es usted capaz.

—¡De todo!

—Eso es demasiado, joven. Es más: eso es peligroso. Hay que ser capaz de algo concreto. ¿Cuál es su carrera predilecta?

—La literaria.

—Sí; pero...

—Si no puedo aspirar a ser un gran poeta o algo por el estilo, aceptaría...—Edipo Rey reflexionó un instante—, aceptaría, por ejemplo, el empleo de secretario de esta revista.

—Tenemos uno.

—No importa; se le despide.

—¿Pero con qué pretexto?

—¡No sea usted cándido! Es muy fácil echar a un secretario. Se le acusa de haber perdido un original importante, y asunto concluido.

La idea era genial.

—Lo pensaré —dije humildemente.

II

Entró en el despacho una de nuestras empleadas.

—¿Qué hay Anna Nicolayevna?—le pregunté.

—Acaban de avisar de la imprenta que la censura no deja pasar la poesía.

—¿Cómo! No hay motivo...

Edipo Rey nos escuchaba con visible interés.

—Dice usted —inquirió— que la censura no permite...

Edipo Rey

= Del tomo *Cuentos*. Nos. 518 y 548 de la «Colección Universal» Calpe. Madrid. =

—No permite publicar la poesía—contestó, mirando, asombrada, al monarca, Anna Nicolayevna.

El monarca guardó silencio unos instantes, tamborileando con los dedos sobre la mesa, y dijo:

—Bueno; eso corre de mi cuenta. Dígame al regente que no se preocupe. Yo le hablaré a Pedro Vasilievich.

Anna Nicolayevna, cuyo asombro subió de punto, me miró como preguntándome: «¿Quién es este señor?», y salió.

—Pedro Vasilievich —añadió Edipo Rey, al ver pintadas en mi rostro la extrañeza y la perplejidad—es uno de mis mejores amigos. Es el verdadero jefe del negociado de la prensa. Se publicará la poesía. ¡A otra cosa! ¿Dónde compra usted el papel? ¿A cómo lo paga?

Satisface su curiosidad.

—Un amigo mío, Eduardo Pavlovich, se lo venderá a usted con un quince por ciento de rebaja. Si usted me lo permite...

Y sin esperar a que yo se lo permitiera, se acercó al teléfono y descolgó el auricular.

—¿Central? ¡77-18! ¡Gracias! ¿Con quién hablo?... ¡Hola, Eduardo! ¿Que tal?... Escucha: soy íntimo amigo del director de la revista *Satirikon*, y quiero que le surtas, de hoy en adelante, de papel; pero haciéndole una rebajita. ¡Ya ves, es un buen parroquiano!... ¿El cin-

co por ciento? ¡No, no, el quince!... ¡Nada, nada, el quince, no seas tacaño! ¡Tengo un gran interés!... ¡Gracias! En seguida se te pedirá una remesa. ¿Por que no fuiste anoche al círculo?... ¿Una aventurilla? ¡Ah, granuja!... ¿Mañana, a las siete, para comer juntos? ¡Encantado! No faltará. ¡Adios! No dejes de dar órdenes respecto al papel del *Satirikon*... ¡Muchas gracias!

El joven colgó el auricular y se sentó de nuevo.

—¿Ve usted?... Ese quince por ciento supone un ahorro anual de consideración. ¿Cuánto papel consume usted al año?

Contesté a esa nueva pregunta.

—El ahorro asciende, pues, a cinco mil rublos. O sea a cincuenta mil rublos cada diez años, a quinientos mil cada siglo.

Incliné la cabeza bajo el peso de aquellas cifras, turbado como un criminal ante un juez implacable.

III

Edipo Rey se había sentado en mi sillón y tomaba notas en su *carnet*.

—Veo que no tienen ustedes anuncios de Banco.

—Los Bancos—repuse—no se anuncian en las revistas satíricas.

—¿Por qué no? El del Estado, lo comprendo; pero los particulares... El de la Siberia, por ejemplo... Verá usted. Con su permiso...

Nueva conferencia telefónica.

—¿Central? ¡121-14! ¡Gracias! ¿El Banco Siberiano? Quisiera hablar con el director. ¿Eres tú, Miguel?... ¿Qué tal? ¿Cómo van los negocios? A pedir de boca, ¿verdad?... ¿Un magnífico dividendo? ¡Me alegro!... ¿Qué? ¿Una excursión a las islas? No puedo; estoy muy ocupado. ¡Que os divirtáis!... Oye, tengo un favor que pedirte. Envía mañana un anuncio al *Satirikon*... El director es mi mejor amigo, y mi interés en que se le complazca es grandísimo. ¿Que no les dais nunca anuncios a los periódicos satíricos? ¡No importa! No hay regla sin excepción... ¡Nada, nada!... ¿Cómo?... Quinientos rublos página... ¿Una rebaja? ¡Pero si es muy barato!

—Hágale una rebajita—dije a media voz.

El joven volvió la cabeza y me dirigió una mirada de reproche.

—Hace usted mal en ser tan blando con estos sacos de oro. ¡Eh, tú, Libro Mayor! ¡Te rebajamos el veinte por ciento! ¡No te quejarás!... ¿Que? ¿Que le dé las gracias al director? ¡Bueno! ¡Adios!

Edipo Rey colgó el auricular.

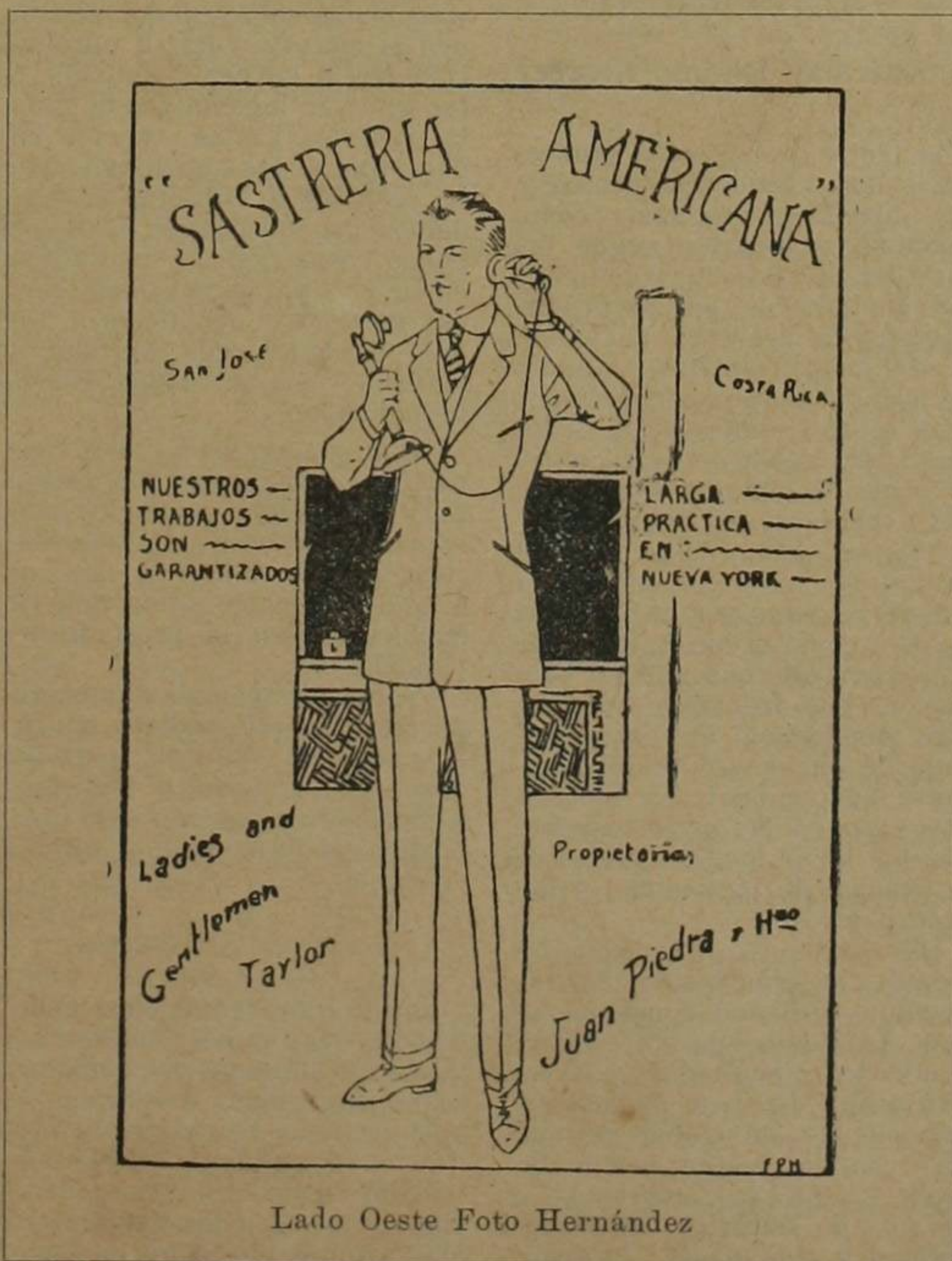
—Me encarga que le dé a usted las gracias.

—No hay de qué—respondí modestamente.

—¿Ve usted?... Mañana mismo le traerán el anuncio. ¿Podrá insertarse en este número?

—Desde luego.

Luego de tomar otra vez asiento en mi sillón, el joven cogió otro pitillo de mi cigarrera y lo encendió. Yo no sabía



ya a ciencia cierta cuál de nosotros dos era el director de la revista.

—Y de colaboradores ¿que? ¿Cómo andan ustedes?

—Bien—contesté, no sin timidez—. Nos envían originales, con frecuencia, escritores muy distinguidos. Por ejemplo...

Nombré a nuestros principales colaboradores.

—¿Y Korolenko—interrogó severo su interlocutor—Korolenko no escribe en el *Satirikon*?

—No; no escribe nunca en los periódicos satíricos.

—Es preciso, no obstante, que escriba en el *nuestro*.

—No creo que sea fácil conseguirlo.

—De eso me encargo yo. Hay que publicar cosas suyas, aunque sean de poca monta. Lo importante es su firma. De lo que se trata es de que figure entre los colaboradores del periódico. Voy a telefonearle. Debe de estar en la Redacción de *La Riqueza Rusa*, que dirige él, como sabe usted. Tenga usted la bondad de buscar en la lista el número del teléfono, pues no lo recuerdo.

—447-11.
—Gracias. ¿Central? ¿447-11! ¿*La Riqueza Rusa*?

Que haga el favor de acudir al aparato Vladimiro Ignatich...

—Korolenko se llama Vladimiro Galaktionich—me permitió observar.

—¿Sí? Como yo le llamo siempre por el diminutivo... Volodia...

¿Con quién hablo?... ¿Eres tú, Volodia? ¿Qué tal, querido? Siempre escribiendo, ¿eh? Como el boyardo de Puchkin, «escribes toda la noche con tu pluma impregnada de venganza...». Debías escribir algo ligero, chico... ¿Que no te sería fácil publicarlo? ¡Yo me encargo de la publicación! Te lo publicaré en una revista satírica cuyo director es íntimo amigo mío... ¿Cómo?... Desde luego! Podremos hacerle! un anticipo... ¿Qué?... ¿Tienes un artículo inédito? ¡Magnífico!... ¿Setecientas líneas? Es demasiado. Pero no importa; podremos acortarlo un poco, ¿verdad? Bueno; mándanoslo en seguida, y si nos gusta... ¿Que me esperarás mañana? Bueno; procuraré ir. ¡Adiós! A los pies de Ana Evgrafovna y besos a Katia.

Edipo Rey volvió a sentarse en mi sillón.

—Bueno; ya figura entre nuestros colaboradores Korolenko, uno de los nombres más gloriosos de la literatura rusa. Setecientas líneas será demasiado, ¿no? El me ha dado permiso para podar a nuestro antojo. Aunque reduzcamos el artículo a la mitad de su tamaño no se enfadará. Siendo cosa mía...

IV

—Veo que tiene usted muy buenas relaciones.

Mi interlocutor se sonrió, halagado por mis palabras.

—Sí; no son malas. Ya sabe usted que, en lo que pueda serle útil, estoy a su disposición. Tengo amigos en la banca, en la literatura, en la política, en todas partes. ¿Le convengo como secretario de la revista? Dígamelo con la mano sobre el corazón.

—Sería un gran honor para nosotros...

—Pues bien; no hay más que hablar...

—Pero ¿cómo desembarazarnos de nuestro secretario actual?... Acusarle de la pérdida del manuscrito, como usted me ha aconsejado, me parece poco...

El joven me impuso silencio con el ademán.

—Se me ha ocurrido una idea. Mire usted: se puede escribir una carta, que crea él escrita por el director de otra revista, ofreciéndole el empleo de secretario con un sueldo mucho mayor que el que tiene aquí. El, como es natural, se despedirá. ¿Qué le parece?

—¡Admirable, admirable! De acuerdo. ¡Hasta mañana, pues!

—Usted me avisará por teléfono, ¿eh?

—No será fácil.

—¿Por qué?

—Porque... A propósito: ¿conoce usted al director de la red telefónica?

—¿A Vainua? ¡Somos como hermanos!

—¿Sí? ¿Cuanto me alegro! Hace tres días que mi aparato no funciona, y estoy incomunicado, aislado; lo que me origina una porción de trastornos y molestias...

Edipo Rey me miró con asombro e indignación, como si hubiera sido víctima de una cruel perfidia.

—Luego todas mis conferencias telefónicas... balbuceó.

Yo no contesté nada. Ni siquiera me atreví a sostener su mirada, y bajé los ojos. Se acercó al diván y acarició, meditabundo, el cuero del respaldo; dirigióse, lento y cabizbajo, a la ventana, levantó el visillo y miró a la calle: atravesó dos o tres veces, diagonalmente, en un ir y venir nervioso, desasosegado, la estancia; se detuvo junto a la mesa, cogió una cerilla del cenicero, la sometió a un minucioso examen y la tiró al suelo; después se entregó, durante cerca de un minuto, a la contemplación del tintero, que estaba a la derecha de mi carpeta, y lo trasladó, suspirando, a la izquierda. Realizado este acto misterioso, se acercó de nuevo al diván, volvió a acariciar el respaldo, cogió el sombrero y sin decir palabra se fué.

No cambiamos de secretario.

Arkady Averchenko

Proposición de Ciudadanía Continental Latino - americana,

presentada por el C. Senador mexicano Higinio Alvarez

«CC. Senadores:

»Simpatizador por convicción profunda de la impetuosa corriente de confraternidad latinoamericana que se ha dejado sentir de algunos años a la fecha, y se está palpando en el afán de sus respectivos gobiernos por estrechar más y más sus relaciones internacionales, elevando a la categoría de embajadas sus misiones diplomáticas, ha influido más en mi corazón que en mi mente, para hacerme concebir la idea de consolidar por medio de reformas y adiciones a nuestras leyes fundamentales, la unión de los pueblos latinoamericanos, sin menoscabo de la independencia y soberanía de las naciones hermanas, y en forma indestructible, real y práctica.

»Es, sin duda alguna, de gran trascendencia y magnitud esta idea; pero a nadie se escapará que son igualmente grandes los mutuos beneficios internacionales que acarrearía si llegara a realizarse, y sin exigir en cambio ningún sacrificio que valiera la pena de tomarse en cuenta. Nadie se atrevería a negar las grandes ventajas inherentes a la unión de pueblos hermanos de raza, cultura y aspiraciones

semejantes, y que están expuestos a los mismos peligros y a las mismas asechanzas; como tampoco se podrán negar las facilidades y ventajas que para los ciudadanos, en particular, encierra la presente iniciativa.

»Sentada como base la unión de los pueblos latinoamericanos, toca a sus gobiernos la hábil tarea de celebrar tratados y alianzas de mutua conveniencia para resolver sus respectivos problemas, hasta llegar al ideal de que sea vista y respetada la América Latina por el resto del mundo, como si se tratara de una sola poderosa nación; aunque de sus fronteras adentro, siga siendo sólo un conglomerado de naciones hermanas, libres, independientes y soberanas; pero unidas estrechamente por los lazos indestructibles de la sangre, de la equidad y del progreso.

»No siendo la intención fomentar la emigración de los pueblos, deberá compensarse esta facilidad aparente eliminando las dificultades a la repatriación de los nacionales, suprimiendo las trabas que en este sentido existen, y sólo dejando en pie la suspensión o pérdida de derechos de nacionalidad y ciudadanía, cuando

haya sido motivada por la comisión de algún delito.

»La idea que planteo a vosotros, ciudadanos senadores, para que si merece vuestra aprobación sea a su vez planteada a los poderes legislativos de toda la América Latina es, en mi concepto, de las sugerencias que en realidad no entrañan un verdadero problema, pues es de los pocos casos que se presentan en la vida de las naciones, que, de realizarse, benefician a todos por igual, con verdadera equidad y sin que nadie resulte perjudicado.

»Aun cuando los Estados Unidos del Brasil forman una nación de origen lusitano, estando como están, identificados con nuestra raza y tendencias, ya que su origen es también latino, deberá incluirse en la presente invitación.

»Sería interminable el número de razones que pudiera aducir en apoyo de esta tesis; pero no deseo cansar vuestra atención, y me limito a someter a la ilustrada consideración de vosotros, la siguiente

«INICIATIVA DE ACUERDO:

»I.—Por los conductos debidos, invítase a los poderes legislativos de todas las naciones latinoamericanas, a reformar y adicionar sus respectivas constituciones políticas, en el sentido de conceder la calidad de ciudadanos, con los derechos y obligaciones que a los naciona-

les se reconocen, a todo ciudadano latinoamericano que esté en pleno uso de sus derechos en su país de origen, sin más requisito que comprobar esto con documentos oficiales fehacientes, a fin de evitar que pasen a otro país a ejercitar derechos de ciudadanía, los delincuentes que estén inhabilitados.

»II.—Los derechos de ciudadanía y la nacionalidad de origen podrán recobrase con el solo hecho de pisar nuevamente el territorio de la patria, cuando no se hayan perdido o suspendido por delito que amerite esa pena.

»III.—Insinúese en la invitación a que se refieren los puntos anteriores, la conveniencia de comunicar por circular a los poderes legislativos de todas las naciones latinoamericanas, la resolución que al respecto se tome en cada una de ellas, para facilitar el cómputo.

»IV.—Si del cómputo resulta que es aceptada la idea, deberá procederse en seguida, en todas las naciones latinoamericanas, a verificar las reformas y adiciones constitucionales a que se contrae la presente iniciativa.

»SALÓN DE SESIONES DEL SENADO DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS, a los 16 días del mes de septiembre de 1927.— Senador por el Estado de Colima, *Higinio Alvarez*.—Rúbrica.

»México, septiembre 22 de 1927.—Primera lectura e imprí-

mase.—*José Maqueo Castella-*
no, S. S.—Rúbrica.

»Es copia de su original.—El
Oficial Mayor, *Luis I. Reed.*»

(Cámara de Senadores: Diario
de los Debates. México. D. F.)

Repertorio Americano

Costa Rica

El Comité Ejecutivo Internacional del APRA en México, teniendo en cuenta que la proposición de Ciudadanía Continental Latinoamericana, presentada por el Senador Higinio Alvarez ante el Senado de la República Mexicana y aprobada por éste, responde a uno de los postulados de nuestro programa nacionalista continental, que dice: UNIDAD ECONÓMICA Y POLÍTICA DE LOS PUEBLOS DE AMÉRICA LATINA, siendo como el primer paso dado hacia la consecución de este objetivo;

RESUELVE:

- 1.º—Hacer suya la citada proposición, auspiciándola y propiciándola, con el fin de que encuentre más cálida acogida entre los trabajadores manuales e intelectuales de la América Latina que representa el Apra;
- 2.º—Hacer un llamamiento a

todas las juventudes libres del Continente para que se adhieran a la proposición del Senador Alvarez, la cual ha sido remitida para su estudio, adaptación o rechazo, a todos los Congresos Nacionales de las 19 Repúblicas Latinoamericanas restantes. Como este Comité está convencido de que no serán los gobiernos actuales—en su mayoría comprometidos económicamente con el gobierno de Washington—quienes acepten la iniciativa de Ciudadanía Continental que viene a significar para las ambiciones imperialistas yanquis, una posibilidad de unificación latinoamericana en contra de sus intereses; estamos seguros de que el voto a favor, ha de venir, y así lo esperamos, de las nuevas generaciones libres de hombres y mujeres, que comprendiendo el momento que vive nuestra América, ante la amenaza cada día mayor de la absorción económica de los Estados Unidos del Norte, para cuyo enorme poder no existen los derechos de soberanía de ningún pueblo que no sean comprados con dólares; se apresurarán a contribuir a la obra de emancipación económica y política que iniciada hace cuatro años por el Apra viene a encontrar un admirable

vehículo de realización futura con la moción aprobada unánimemente por el Senado de México, con lo que este gran país hermano, responde una vez más a los imperativos de la época histórica que vivimos, y en la cual le ha tocado representar un rol decisivo para el destino común de nuestros pueblos. La moción Alvarez, por su trascendencia, es para las aspiraciones colectivas de nuestra América, un indicio de futuras posibilidades hacia la consecución de la unidad de los 20 países que la integran. Es por esto que, declarada como el primer paso hacia la realización de uno de los puntos fundamentales de nuestro programa, el APRA la hace suya y pone al servicio de su plena culminación, todos los esfuerzos que sean necesarios.

Trabajadores manuales e intelectuales de América Latina, hombres y mujeres libres del Continente: auspiciar la moción de ciudadanía continental latinoamericana, es ganar la primera batalla al enemigo común que crece a costa de nuestras divisiones internas.

Reconozcamos de un vez que

Haya de la Torre

México, 1.º de abril de 1928.

Nada más que 1 hombre

(Viene de la página 56)

trabajos. Insensiblemente, íbamos agrupándonos por materias, por ese instinto que hay en nosotros, de clasificador bibliográfico. Al mismo tiempo conversábamos a ratos con el autor y pudimos apreciar las condiciones en que cada uno de estos escritos fué concebido y publicado, avalorando así la producción de los mismos.

Influenciamos en el autor para que los compilase y los brindase de nuevo al público, razonando para ello del siguiente modo: Aquí, donde al cabo del año gimen tantas veces las prensas dando a luz una serie de libros que hicieran desear en nuestro Varona el poder de un nuevo Omar para destruirlos, era una verdadera lástima que no apareciesen en colección ordenada algunos de sus trabajos, que siempre tendrían actualidad e interés, y que están avalorados por el hecho de representar la labor marginal de un hombre que, no obstante haber vivido y estar viviendo una vida intensísima, tuvo tiempo para ocuparse desde hace ya muchos años de un modo laudable, en problemas que a estas horas permanecen desconocidos de nuestros pseudo-intelectuales, que se estiman representantes de la mentalidad cubana, y que desde la cumbre—¡los pobres!—que han alcanzado ya, reuniendo cuatro o cinco distinciones oficiales adquiridas a un precio que todos conocemos, contemplan con desdén a los simples mortales que luchan y se afanan en la busca

del pan, que a ellos les es tan propicia... y que no se preocupan por la solución de problemas que, según su *valiosísima* opinión, no existen en Cuba. Además, haciéndolo, ahorraría trabajo a las generaciones venideras.

Su vida.—En realidad, la sola enumeración de las distintas profesiones y oficios que este amigo nuestro ha desempeñado basta para dar idea de su aventurera vida. Probablemente, a esta multiplicidad de facultades *vividas*, aludía un tan alto espíritu como el de José Antonio González Lanuza, cuando lo calificaba *del único hombre genial que había conocido*. Ha sido sucesivamente, vendedor de periódicos, escribiente en una Celaduría, monaguillo, estudiante, jugador de pelota profesional, médico, Director de un Hospital de leprosos, catedrático de varias universidades, conspirador, expedicionario fracasado, revolucionario centroamericano, corrector de pruebas y editoria- lista en un periódico mexicano, empleado de banco, Diplomático al servicio de la República mexicana, Médico Militar, en el mismo país, Agente de Seguros, Director de una Clínica homeopática y de una revista médica, abogado, propagandista activo de las nuevas doctrinas sociales, maestro masón con el grado 33; y ha viajado y residido durante años en los Estados Unidos, Canadá, México, en todos y cada uno de los países centro-

americanos, Venezuela, Ecuador y las Antillas menores. Mientras su vida se desenvolvía de tal suerte, ha disfrutado en ella de todos los estados sociales concebibles: miseria, riquezas, aventuras de amor y aventuras de muerte. Ha sido íntimo consejero de algunos Jefes de Estado, y en ocasiones ha sufrido persecuciones violentísimas por parte de encumbrados personajes oficiales.

Ha viajado de polizón y ostentando posiciones elevadísimas. En una sola noche ha visto, ante el tapete verde, cómo se iba en unas horas el producto de varios años de esfuerzos, sólo por experimentar la emoción; y refiriéndose a la mujer, podría decir que la ha sufrido, con la palabra del poeta: «cosmopolita, universal, única y sola».

Una vida tal merece ser narrada por las mejores plumas. No obstante—si él quisiera, y sólo con poner manos a la obra, lo lograría,—el libro que Antiga debía dejar, es el recuerdo escrito por él mismo de sus experiencias, en las que está reflejado todo su espíritu. Si Antiga se decidiese a ello, como un Casanova o como un Cellini, se propone terminar esa tarea que parece no querer comenzar aún, ya que vive en toda la plenitud de la palabra, el libro que saldría de sus manos, podría decir al curioso lector como el de Whitman: «Esto que tocas, no es un libro, es un hombre».

Por modestia, no quiere hacerlo. Prefiere contar a sus in-

solo unificada nuestra patria—del Río Bravo a la Tierra del Fuego—obtendrá su emancipación económica y política, base de su progreso y su libertad futura. Ampliemos el horizonte de nuestras fronteras de patria chica y adoptemos una sola nacionalidad Latino América, desenraizando viejos odios alimentados por las castas dominantes aliadas del imperialismo extranjero, interesado en dividirnos.

De la unidad de América Latina depende en gran parte la consecución de los derechos, hoy negados, a la inmensa población trabajadora—obreros y campesinos—de nuestros pueblos. Porque el voto que esperamos no vendrá de las clases latifundistas y burguesas que tienen el poder en sus manos, sino de los trabajadores manuales e intelectuales, conscientes de que las futuras reivindicaciones sólo podrán obtenerse con la unificación de los intereses de todos los trabajadores de la América, hoy dispersos y anarquizados dentro de las fronteras convencionales.

EL COMITÉ EJECUTIVO INTERNACIONAL DEL APRA.

timos, a la manera de los árabes, sus aventuras: corriendo el peligro de que caigan en manos de un narrador vulgar, quien, quitándoles sabor de vida, las presente al público adulterándolas en su prístina frescura. Pero—en el fondo de todas las cosas humanas hay una especie de compensación—ya son famosas entre todos nosotros, y a nuestra vez las contamos, desde las simplemente droláticas, de un sabor casanovesco, hasta las trágicas y espeluznantes que reclaman la pluma de un Poe o de un Quiroga, pasando por las cómicas que semejan—por lo natural y espontáneas que surgen—narraciones humorísticas de un Mark Twain o de un Joe Chandler tropicales.

Estas anécdotas están ya en camino de ser legendarias—poseen hasta sus títulos—, y nada hay comparable a oír de labios del propio protagonista: *La Carta, Por aquí pasó un francés*, o el relato de la vez que en los llanos de Venezuela vendió como panacea para toda clase de enfermedades, polvos de azafrán que cambiaba por relucientes onzas de oro, o de sus excursiones—cuando era considerado por los indios como un nuevo San Rafael—por los pueblecitos mexicanos.

No podemos, por múltiples razones, trazar aquí más que a grandes pinceladas, algunos de los pintorescos y disímiles aspectos que integran esta vida extraordinaria, y a ello limitamos nuestra labor.

José Antonio Fernández de Castro

(Concluirá en la próxima entrega).

Etimología.—Serafín es palabra oriental que significa «ángel de fuego», que arde de amor.—Cita de Joaquín Antonio Uribe.

Bibliografía titular

Libros y folletos recibidos durante la semana.

Cortesía de Guillermo Jiménez) México, D. F.):

Prosas transeuntes, por Rafael López. Aztlán Editores. México, D. F. 1925.—**Hombres y Libros**, por Luis G. Urbina. El Libro Francés, S. A. México.—**Psiquis enferma**, por Luis G. Urbina. El Libro Francés, S. A. México.

Del Editor (J. A. Aramburu, Lima):

El libro de mi proceso, por José Santos Chocano. Tomos I y II. Lima. 1927 y 1928, respectivamente.

Cortesía de Isaac J. Barrera (Quito):

El heraldo de las siete catilinarias, por Juan Montalto. Precedido de un prólogo de Dilettante. Pequeña Biblioteca Ecuatoriana N.º 1. Quito.

Cortesía de P. Henríquez Ureña. (La Plata, R. A.):

Guía para el uso de EL LIBRO DEL IDIOMA, por Pedro Henríquez Ureña y Narciso Binafán. Buenos Aires, 1927.

Cortesía de Dn. Antonio J. Cano (Medellín, Colombia):

La Marquesa de Yolombó.—Novela del tiempo de la Colonia, por Tomás Carrasquilla. Librería de A. J. Cano. Medellín. 1928.

Envío del Ministerio de Instrucción Pública. (Lima Perú):

Monografía de Departamento de Puno, por Emilio Romero. Lima. 1928.

Cortesía de la Editorial TOR (Pellegrini, 62, Buenos Aires. Rep. Argentina):

Coca, Chicha y Alcohol. Relatos puneños de pastores, arrieros y tejedores, por Fausto Burgos. Editorial TOR. Buenos Aires.—*María Rosario*. Novela de Fausto Burgos. Editorial TOR. Buenos Aires.—*La Sonrisa de Puca-Puca*. Cuentos de una raza vencida, por Fausto Burgos. Editorial TOR. Buenos Aires.—*Cuentos de la Puna*. Novelas, por Fausto Burgos. Editorial TOR.

Cortesía de la Universidad Nacional de Tucumán. (Rep. Argentina):

Tesoro de catamarquechismos. Nombres de lugares y apellidos usados con etimologías y eslabones aislados de la lengua cacana, por Samuel A. Lafone Quevedo. Tercera edición, complementada con *Palabras y modismos usuales en Catamarca*, por Félix F. Avellaneda. Buenos Aires, 1927.

Cortesía de la Editorial Atenea (Apartado 644. Madrid.):

Goya, por R. Gómez de la Serna. Ediciones LA NAVE. N.º 3. Madrid. 1928.

Envío de la *Universidad Nacional de La Plata*. (R. A.):

Discurso del Presidente de la Universidad, Dr. Ramón G. Loyarte, pronunciado en el acto en que tomó posesión de su cargo. La Plata. 1928.

Envío del INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA. (Buenos Aires):

Catálogo de la Colección

Aún llevamos plumas

«Esta es la razón única que pueden aducir los invasores de nuestro país para calificarnos de salvajes» me decía el General Sandino mostrándome en la copa de su amplio sombrero texano el plumaje rojo y negro de un pájaro de las montañas segovianas, propietario inconciente de los simbólicos colores del Ejército Libertador. «Aún llevamos plumas», prosiguió incisivo y sonriente...

En efecto, nada tan ausente de salvajismo y bandidaje que la fina sensibilidad del primer General latinoamericano. En los largos días pasados a su lado jamás logré constatar una mayor alteración en su mirada alucinada y en los músculos de su cara enérgica y cortante que frente a la presencia de un niño—de aquellos obligados por la brutalidad de la conquista a refugiarse en la cobijadora frondosidad de la montaña—de rostro pálido por el terror y la angustia, de carnes flácidas y vientre hinchado por el hambre obligada y permanente.

Lo he visto en instantes de peligro, lo he visto próximo a iniciar un combate en que la muerte es posible, pero nunca transformado tan definitiva, totalmente, como ante un niño de aquellos castigados por la culpa de haber nacido en un país de los nuestros, aptos para el coloniaje y el esclavizamiento.

Recuerdo que un día llegamos a Cubalí, aldea enclavada en el camino hacia el Atlántico. Región hasta entonces alejada de la influencia y el control del Ejército Libertador, había sido ganada por la propaganda tendenciosa que de Sandino hacen los soldados del imperialismo. Sandino detuvo su arrogante mulo ante la puerta de un bohío aldeano y en instantes en que desmontaba, un rapazuelo de siete años huía a refugiarse aterrorizado en el fondo oscuro de la cabaña humilde. Había escuchado decir: Es el General Sandino.

Acampamos en Cubalí aquella noche. Al atardecer, sentado en las rodillas del noble y bravo General, el propio rapazuelo oía pleno de atención la historia de «unos hombres rubios que llegaron de muy lejos portadores de la destrucción y de la muerte...»

Al siguiente día, montados todos, reiniciamos la marcha. Al partir, allá, atrás, se levantó una voccecita jubilosa y clara: «Viva el General Sandino». Era el muchachuelo de siete años.

Esteban Pavletich

San Salvador. El Salvador

de Folklore. Donado por el Consejo Nacional de Educación. Buenos Aires. 1928.

Cortesía de *La Revista Blanca*. (Guinardó, 37, Barcelona.):

Flor deshojada, novela por Federico Urales. Impresos Costa. Barcelona.—*Aura popular*, por V. Marquez Sicilia.—*El primer amor*, por Elías García y

La tierra estéril, por A. Fernández Escobé, números 95, 97 y 98, respectivamente, de LA NOVELA IDEAL.

Cortesía de los autores:

Juan Andrade (Madrid): *China contra el Imperialismo*. EDICIONES ORIENTE. Madrid. 1928.

Juan H. Peralta: *El pasado, el presente y el porvenir*. Un mensaje a los trabajadores.

Dr. Pablo Desverdine y Galdós: *Estudios fundamentales de Derecho*. Librería ATENEA. La Habana. 1928.

Pedro Laguna: *Nuevas impresiones en mi segundo viaje a Europa*. México. 1928.

Anibal Ponce: *Un examen de conciencia*. Buenos Aires. 1928. Publicaciones de la Federación Universitaria de La Plata.

Rodolfo Argüello: *Apuntes de temas médicos y líneas personales*. León de Nicaragua. 1928.

Señas de escritores:

E. de Salterain Herrera.—Canelones 1262. Montevideo. Uruguay.

José Fabio Garnier.—Aptdo. 775. San José de Costa Rica.

Santiago Argüello.—Hotel. Trocha. Vedado. Habana. Cuba.

REVUE DE L'AMERIQUE LATINE

Aparece el 10. de cada mes

Publica estudios de escritores, sabios y políticos franceses, hispanoamericanos y brasileños sobre la América Latina y sus relaciones con Francia.

Dará a conocer, en selectas traducciones, novelas, cuentos y ensayos de autores hispanoamericanos y brasileños.

Sus crónicas, numerosas y de variada índole, resumen la vida intelectual, artística, económica y social del Continente latino.

SUSCRIPCIONES

En el Extranjero: (Países que concedieron la tarifa reducida): un año. \$ 2.40 o £ 0-10-0

(Los otros países, incluso Costa Rica): un año \$ 2.60 o £ 0-10-8.

Redacción y Administración, 4. Boulevard de Courcelles.—París (17^e).